


DOMI NUS ILLU
MINA TIO MEA
Taylor Institution.

CARTAS

DE

EUGENIO DE SALAZAR.

CARTAS

DE

EUGENIO DE SALAZAR,

VECINO Y NATURAL DE MADRID,

ESCRITAS

Á MUY PARTICULARES AMIGOS SUYOS;

PUBLICADAS POR LA SOCIEDAD DE BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES.



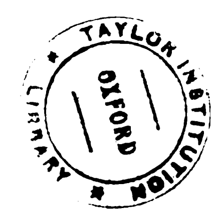
MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, número 3.

—

1866

NÚMERO 233.

—



Pocos países de Europa poseen el rico caudal literario que España guarda aún inédito: nuestros archivos y bibliotecas están llenos de producciones en todo género, que por causas de todos conocidas no han visto aún la luz pública, y bastarian por sí solas á establecer la justa fama que nuestros mayores ganaron en las letras.

Hoy, pues, que las investigaciones de los eruditos se dirigen principalmente al conocimiento de los pasados siglos; que la historia se reconstruye sobre bases sólidas y enteramente nuevas; que la vida y costumbres de los pueblos son examinadas á la luz de la crítica histórica, única que puede servirnos para la apreciacion exacta de antiguas civilizaciones, importa más que nunca salvar del olvido gran número de joyas literarias que por estar aún inéditas, ó haberse hecho muy escasos los ejemplares de su primera, y quizá única impresion, están fuera del alcance de los estudiosos llamados á juzgarlas y esclarecerlas.

Persuadidos de esta verdad, unos cuantos aficionados á lo que vulgarmente se llama «libros viejos», doliéndose, como es razon, de que tanto trabajo literario é histórico permanezca aún arrinconado y desconocido, se han propuesto, hasta donde alcancen sus fuerzas, dar á conocer por medio de la imprenta los más importantes de entre ellos bajo el punto de vista literario; comenzando por cuatro cartas de Eugenio de Salazar, festivo al par que agudo escritor del reinado de Felipe II, el cual manejaba la lengua con tal propiedad y soltura, que bien pueden aquellas considerarse modelo aventajado del estilo de su siglo.

Nació nuestro autor en esta córte por los años de 1530. Fueron sus padres el capitan Pedro de Salazar, tambien madrileño, y doña María

de Alarcon. Cursó leyes primeramente en Alcalá, despues en Salamanca, y por último en Sigüenza, donde obtuvo el grado de licenciado. Terminados sus estudios contrajo matrimonio con doña Catalina Carrillo, natural de Toledo. En dicha imperial ciudad vivió algun tiempo en calidad de andante en córte ó pretendiente de varas, aperreada vida, cuyas penalidades y sinsabores pinta él mismo con singular donaire en su *Carta de los Cata-riberas* [1].

Ántes de alcanzar vara de corregidor estuvo como de meritorio desempeñando comisiones judiciales del Gobierno. Fué una de ellas la de juez pesquisidor en Tormaleo de Astúrias, con cuyo motivo escribió la graciosísima carta al licenciado Guedeja, relator del Consejo, y despues fiscal de la Audiencia de Galicia, en que hace la descripcion de aquel lugar y pinta con vivos colores el genio y costumbres de sus habitantes [2].

Por Octubre de 1567 pasó de gobernador á las Canarias, permaneciendo en Tenerife y la Palma hasta el de 1573, que á 19 de Julio fué nombrado oidor de la isla Española, por otro nombre Santo Domingo, para donde se embarcó con su mujer é hijos, segun se echa de ver por la agudísima carta [3] que en 10 de Noviembre de 1568 dirigió á su amigo el capitan Mondragon, describiendo jocosamente la milicia de Tenerife, y por otra posterior, aunque sin fecha, escrita al licenciado Miranda de Paz, en que refiere las penalidades y trabajos de una travesía de mar.

De oidor de Santo Domingo ascendió á fiscal de la Audiencia de Guatemala, plaza que servia aún por los años de 1580. De allí pasó á la de Méjico, donde obtuvo al fin la de oidor, que servia en 1598 á la muerte de Felipe II, y en cuya universidad se graduó de doctor, segun él mismo dice en una epístola en tercetos dirigida á Hernando de Herrera [4].

[1] Es la tercera en órden de las que ahora se publican.

[2] La cuarta y última.

[3] Es la segunda. El capitan Mondragon, á quien va dirigida, se llamaba Cristóbal; sirvió ventajosamente en Flándes é Italia, obteniendo el empleo de maese de campo, ú comandante de un tercio de españoles. Quizá fué padre del licenciado Hyerónimo de Mondragon, que en 1598 publicó en Lérida, y en casa de Antonio Robles, un donoso juguete intitulado *Censura de la locura humana*.

[4] Hállase al fól. 296 con el epígrafe siguiente: *Al insigne poeta Hernando de Herrera, Epístola*, y al márgen de ella, de letra del autor: «en que se refiere el estado de

Durante su permanencia en Méjico nuestro autor se dedicó á estudiar á fondo el genio, inclinaciones y costumbres de sus habitantes. Tenemos á la vista un extenso memorial que en su calidad de fiscal de aquella Real Audiencia dirigió al Supremo Consejo de Indias; consta de treinta y cuatro capítulos, y es todo de su puño y letra [1]. En él resume con notable claridad todos los puntos relativos á la gobernacion de aquellos países, de que dicho tribunal habia ya consultado en anteriores comunicaciones, representando los males que pedian pronto y eficaz remedio, y señalando los vicios de la administracion que convenia reformar. Es á todas luces un documento importantísimo, escrito con suma claridad y elegancia, y en que brillan á la par sus vastos conocimientos en la legislacion de Indias y su experiencia en los negocios [2]. Este y otros trabajos, que atestiguan su celo y diligencia en el desempeño de su cargo, debieron llamar la atencion del Gobierno de la Metrópoli, puesto que en 1601 fué nombrado oidor del Supremo Consejo de Indias, trasladándose luégo á esta córte con su mujer é hijos.

a ilustre ciudad de Méjico, cabeza de la Nueva España, y se apunta el fin de cada una de las artes liberales y ciencias y la variedad de todas las especies de poesía. No hay respuesta de esta epístola, porque cuando llegó á España, era ya muerto este famoso poeta.»

[1] El memorial abraza los puntos siguientes: Que se promueva entre los índios el uso de la lengua española, siendo aún muy pocos los que la saben y hablan.—Que sean reunidos en pueblos para hacer más fácil su endoctrinamiento y la administracion de los sacramentos.—Que se les prohiba bajo graves penas el uso de los cuchillos llamados «carniceros.»—Que no se permitan empleados solteros, ó que hayan dejado sus mujeres en España.—Que se quiten los estancos de carne y de vino.—Que no se hagan clérigos de prima tonsura.—Que no se levanten milicias con el nombre de «soldados de la China.»—Que no se exijan licencias para sacar vinos.—Guerra de Chichimecas.—Asientos para el descubrimiento de Nuevo Méjico.—Que los oficiales reales de Zacatecas no retengan la plata de S. M. hasta la partida de los galeones.—Que los fiscales asistan en las audiencias del Gobierno.—Receptorías.—Alcaldes y mayorales de minas.—Tesoreros de la Cruzada.—Encabezamiento y venta de juros.—Avalúos de las mercancías que vienen en las flotas.—Exactores de tributos y cobranzas.—Puja del cuarto en las almonedas.—Obispados vacantes.—Gobierno de Méjico.—Jueces de cuentas de índios.—Renunciacion de oficios de pluma por otra vida.—Sucesion de encomiendas.—Entretenimientos á hijos de los conquistadores.—Sustento y buen tratamiento de los índios.—Que los índios tributarios sean recontados, si fuere necesario, ántes de los tres años que marcan las Reales cédulas.—Ministros encargados de la doctrina de los índios.—Mercaderes cesionarios de los encomenderos.—Tratantes.—Justicias.—Derechos de los curiales.

[2] Hállase á fól. 302.

Él mismo nos proporciona en un soneto los datos que de su persona y empleos acabamos de dar, diciendo:

Nací y casé en Madrid; crióme estudiando
La escuela Complutense y Salmantina;
La licencia me dió la Seguntina;
La Mejicana de doctor el mando.
Las salinas Reales fuí juzgando,
Puertos de raya á Portugal vecina;
Juez pesquisidor fuí á la contina,
Y estuve en las Canarias gobernando.
Oidor fuí en la Española, y Guatemala
Me tuvo por fiscal, y de allí un salto
Dí en Méjico á fiscal y á oidor luégo.
¡Oh quién le diese al tribunal más alto!
¡Oh quién subiese al eterno, al que vala [1],
Aunque pasase por el agua y fuego!

Su nombramiento para el Consejo de Indias debió ser causa de que alterase este último terceto, pues está borrado, y en su lugar añadido el siguiente:

De allí al otro tribunal más alto
De Indias, que me puso Dios la escala,
¡Allí me abrase su divino fuego!

El año de su muerte se ignora; pero sí nació, segun hemos visto, por los años de 1530; si á fines del siglo XVI se decia ya «viejo y cansado por la edad marchito», de presumir es no alcanzase muchos más del siguiente. Parece ser dejó dos hijos: Fernando y Pedro, de los cuales el primero entró áun jóven en la Compañía de Jesus, y el segundo fué capitan en Flándes y murió en 1635.

Aficionado en extremo á la poesía y á todo género de literatura, Eugenio de Salazar dedicó sus ocios á la composicion de un corpulento volúmen de prosas y versos que intituló: *Silva de vária poesía*, y dejó legado á sus hijos con una advertencia preliminar [2] acerca del

[1] Está sin duda por «vale.»

[2] «Hijos (les dice), esta *Silva de poesía* no me determiné á publicarla en mis dias, porque aunque (si no me engaño) tiene obras que pueden salir á luz, temí por causa de mi profesion y oficio no tuviesen algunos á desautoridad mia publicar é imprimir obras en metro castellano. No sé si esta razon cesará despues de mi muerte; comunicadlo con amigos que sean cuerdos y graves, y tengan buen voto, y si les pareciere

modo y forma en que aquel se habia de estampar, y observaciones muy juiciosas sobre la impresion, ortografía, prosodia, etc. La obra está dividida en cuatro partes: las tres son de poesías pastoriles, amatorias, satíricas y morales, incluyendo en ellas las «obras de devocion.» La última lleva este encabezamiento «Cuarta parte de las obras de Eugenio de Salazar», que contiene algunas de las *Cartas en prosa* á muy particulares amigos: la misma que damos hoy á la estampa, sentidos de que un tesoro literario de tamaña valía quedase tanto tiempo ignorado y escondido.

Una sola de las cartas, la de los *Cata-riberas*, ha sido impresa dos veces; la primera por Valladares en el tomo XVIII de su *Semanario erudito*, con poca correccion y ninguna crítica; la segunda por don Bartolomé José Gallardo con aquel esmero y curiosidad que acostumbraba á poner en todos sus trabajos [1]. Habíase hasta entónces creido que la festiva y aguda carta que tan al vivo pinta la vida de los pretendientes, era obra del célebre don Diego Hurtado de Mendoza, embajador de Cárlos V en Roma, y no ménos ilustre por su cuna que por su talento; como tal la habia publicado el editor de aquella compilacion, y Gallardo, que en materias de crítica-literaria se mostró siempre entendido y agudo, aunque mordaz en demasía, no perdió la ocasion de revindicarla para su verdadero autor, reimprimiéndola con sumo esmero y correccion, precedida de una jocosa y picante introduccion, en que á vueltas de mil digresiones más ó ménos oportunas, reunió cuantas noticias pudo adquirir de Eugenio de Salazar, é hizo alarde como de costumbre de su exquisita erudicion en materia de libros.

Habíase el capitan Pedro de Salazar, padre de Eugenio, dado á conocer, miéntras vivió, por várias obras históricas, entre las cuales una de la guerra hecha por el emperador Cárlos V á los luteranos de Alemania [2], hubo de desagradar al célebre don Diego Hurtado de Mendoza,

que la obra es tal, y que mi memoria no padecerá detrimento en publicarla, hacedla imprimir; que si Dios es servido que yo deje acabados y impresos mis *Puntos de Derecho*, ó en estado que vosotros los podais acabar y imprimir en mi nombre primero que esta *Silva*, áun parece se podrá mejor publicar ella, pues habiéndose visto mis trabajos jurídicos, no se presumirá que gasté mi tiempo en hacer metros. Consideradlo todo bien, y haced lo que fuere más acertado.»

[1] *El Criticon, papel volante de literatura y bellas artes.* Núm. 3.º, Madrid, 1835, 8.º

[2] El título de esta obra no le dió Gallardo con su acostumbrada exactitud, sin duda

quien, bajo el seudónimo de bachiller de Arcadia, escribió contra ella una punzante, si bien graciosa y sazonada sátira, seguida de una supuesta réplica del mismo capitan. Era justamente célebre entre los literatos esta graciosísima carta, aunque la circunstancia de haber sido escrita por don Diego Hurtado de Mendoza, estar dirigida al capitan Pedro de Salazar, ser su hijo Eugenio autor de la de los *Cata-riberas*, y haber este último tenido ademas íntima y estrecha amistad con un poeta llamado don Juan Hurtado de Mendoza, vecino de esta córte, y señor del Fresno de Torote, fué causa de que se trocasen de tal modo las especies, que no era fácil empresa deslindar las obras de unos y de otros. Esto lo hizo con su acostumbrado acierto Gallardo, aunque tambien incurrió en tal cual error, como fué el de suponer que el autor del *Buen placer trobado*, lindísima coleccion de poesías en el género italiano introducido por Boscan, y el de *El Caballero cristiano*, poema en octavas con sus puntas y ribetes de caballeresco, eran una misma persona [1].

Bien merecian publicarse íntegras las obras de este ingenio matriten-

por no haber conocido la edicion príncipe, que tenemos á la vista. Es como sigue: *Historia y primera parte de la guerra que don Cárlos V, Emperador de los romanos, rey de España y Alemania, mouió contra los príncipes y ciudades rebeldes del reino de Alemania y sucesos que tuuo. Nápoles, en la emprenta de Juan Pablo Suganappo. Año del Señor de mil y quinientos y cuarenta y ocho años. A cinco dias de Setiembre.* Con el título algo variado se reimprimió cuatro años despues (1552) en Sevilla por Domenico de Robertis. Pero no es ésta la sola obra que dió á la estampa Pedro de Salazar; podemos citar otras dos distintas, que son: 1.° *Hystoria de la guerra y presa de África con la destruycion de la villa de Monaster, é ysla del Gozo, y pérdida de Tripol de Berbería: con otras muy nueuas cosas. En Nápoles por maestre Mathia*, 1552, fól.—2.° *Hispania victrix. Historia en la cual se cuentan muchas guerras sucedidas entre christianos é infieles*, etc. Medina del Campo, 1570, fólio, de la cual hay reimpresion hecha en el mismo Medina, en 1576.

Si, como hay sobrados motivos para sospechar, este Pedro de Salazar fué hijo de Diego, autor del *Diálogo de Re Militari*, impreso primeramente en Alcalá, 1536, fólio, y despues en Barcelona, 1590, 4.°; de la traduccion de *Las Guerras ciuiles de los romanos* de Apiano Alexandrino, Alcalá, Miguel de Eguía, 1536, fólio, y tambien de *La Arcadia*, de Jacobo Sanázaro, Toledo, 1549, 4.°; preciso es convenir que los Salazares de Madrid se distinguieron en el siglo XVI como escritores en varios géneros de literatura.

[1] Los dos tenian el mismo nombre y apellido: *don Juan Hurtado de Mendoza*; pero el primero, que fué vecino y natural de esta coronada villa, era deudo y pariente de los Mendozas de Guadalajara, y ademas imprimió sus poesías en Alcalá, 1550, miéntras que el segundo, que era natural de Granada (Pedraza añade sobrino del conde de Tendilla), no dió á luz su libro hasta 1570, en Antequera.

se, puesto que por fortuna reunidas en un códice señalado con C 56, escrito todo ú corregido de su letra, se conservan en la biblioteca de la Real Academia de la Historia; pero nos contentarémos por ahora con dar á la estampa la cuarta parte de su *Silva*, que como dejamos dicho, contiene sus obras en prosa, y presenta una muestra aventajada de su estilo y gusto literario, así como una pintura animada de las costumbres de su tiempo. Van acompañadas de un *Glosario*, en que se explican las muchas voces, ya técnicas de milicia ó marina, ya anticuadas, aunque todas propias y castizas, con que, á vueltas de agudos chistes y festivas comparaciones, están salpicadas sus cartas.

A cerrar íbamos ya esta introduccion, cuando un aficionado á este género de estudios nos anunció que en la Biblioteca Nacional de esta córte se conservaba inédita una obra de nuestro autor. En efecto, con la marca M 33, se halla allí un poema intitulado: *Navegacion del Alma por el discurso de las edades del Hombre, compuesto por Eugenio de Salazar*. Es en fólio, de 80 hojas, y tiene al fin una tabla de los vocablos náuticos, los cuales están ademas explicados al márgen de puño de su autor. Por qué razon no le incluyó Salazar en el tomo de sus obras, que, segun ya se dijo en otro lugar, dejó en manos de sus hijos y preparado ya para la imprenta, es una cuestion que no nos atrevemos por ahora á resolver; bastará decir que el poema es muy digno de figurar al lado de otras de sus obras, y que el glosario de que va acompañado nos ha sido muy útil para la explicacion de muchas voces marítimas de su carta al licenciado Miranda.

P. de G.

CARTA

Á UN HIDALGO AMIGO DEL AUTOR LLAMADO JUAN DE CASTEJON, EN QUE SE TRATA DE LA CÓRTE.

Mucho me importuna vuestra merced sobre que le escriba algo del modo, uso, trato y cosas de la córte, como si esto se hubiese de hacer tan á la corta que se pudiese encerrar y comprender en una carta. Ovillo es éste que si se comenzase á desenvolver, podrá llegar al cabo del mundo el hilo. Mas todavía, por complacer á vuestra merced en algo (pues las sentencias que se han pronunciado en los pleitos que tiene en Chancillería de Valladolid no le complacen en nada), descogeré un poco de esta cuerda: vuestra merced podrá ir devanando, y no quiero decir devaneando [1], porque el devanear no se hace bien en lugar tan solitario, y de tan poca gente y trato como ése : acá se hace muy

[1] Lo mismo que «andando en devaneos.»

mejor, porque la gente es mucha, los tratos y las negociaciones muchas; las pretensiones y pretendientes muchos; los amores muchos, y mucho más los dolores.

El henchimiento y autoridad de la córte es cosa muy de ver. Porque está tan llena de las personas reales, de prelados, de dignidades, de sacerdotes, de religiosos, de señoras, de caballeros, de justicias, de letrados, de escuderos, de negociantes, pleitantes, tratantes, oficiales y menestrales, que es cosa de admiracion; y como no todo el edificio puede ser de buena cantería de piedras crecidas, fuertes y bien labradas, sino que con ellas se ha de mezclar mucho cascajo, guijo y callao, así en esta máquina entre las buenas piezas del ángulo hay mucha froga y turronada de bellacos, perdidos, facinorosos, homicidas, ladrones, capeadores, tahures, fulleros, engañadores, embaucadores, aduladores, regatones, falsarios, rufianes, pícaros, vagamundos, y otros malhechores tan amigos de hacer mal, como lo era Cimon ateniense, y es nuestro conocido [1] el beneficiado de no hacer bien. Está la córte, allende de esto, llena de gentes extranjeras de diversas naciones; encontraréis por las calles unos [2] que os saluden con: *beso la mano de vuestra merced;* otros [3] os dicen: *beso as maos a vosa mercé;* otros [4]: *agur xaona orduan çagoçala;* otros [5]: *bon giorno, mi ricommendo a la signoria*

[1] Era un clérigo rico que tenía poca caridad, y hacia poca limosna. (*Nota del autor.*)

[2] Españoles.

[3] Portugueses.

[4] Vizcaínos. El saludo está mal escrito y debe ser de esta manera: *agur, jauna, ordu onean çagoçala.*

[5] Italianos.

vostra; otros [1] : *musieur, je me recommande à vostre bonne grace;* otros [2] : *Got berliena huberlib den gudemdag;* otros [3] : *gutmara gad boe.* De manera que hay tanta diversidad de saludos, que parece vinieron como guarnicion y presidio á impedir el daño que el ejército de médicos cortesanos pretende siempre hacer en la gente. Y hay tanta diversidad de lenguas entre ellos, como entre los que edificaban la torre de Babel.

Andan en córte unos vestidos á la castellana, otros á la francesa y borgoñona, otros á la tudesca, y otros de otras maneras de trajes que los donados de Santa Catalina no darian un real por ellos para su traer. Barbas andan mil cortadas á la pimentela, ninguna á la azafrana, muchas á la marquesota, pocas á la condesina, ni á la duquesa. Bozos algunos al uso del buen tiempo, descubierto el hocico y el diente, y áun el colmillo. Otros traen hechos los bigotes tan largos y feroces, que quieren con ellos espantar las gentes, y poner ánimo á las garrapatas; y algunos los dividen, y se hacen dos pares de ellos, porque con aquello se tiene por experiencia dobla la braveza de los corazones. Muchos traen los mostachos tan crecidos, y tan cubiertas las bocas con ellos, que las dichas bocas, cuando acaso se descubren, parecen siesos de caballos cubiertos con sus colas muy pobladas. Son estos mostachos como guardas de puertos, que ninguna cosa entra ni sale que no la han de registrar. Y así, si por el puerto de la boca entra alguna

[1] Franceses.

[2] Flamencos y tudescos. Así en el códice; pero habrá de leerse: *Got verlei he euer libden guten tag;* ó si es flamenco: *goeden dach.*

[3] Ingleses. Debió decir: *good morrow, good bye.*

leche, algunas natas, yema de huevo blanco, caldo de algun guisado ó potaje, allí le detienen á la puerta, y en fin les ha de dejar en las uñas, ó derechos, ó cohechos. Si por el puerto sale alguna saliva, gargajo ó flemas, por de priesa que quiera salir, estas guardas lo detienen una hora para ver lo que sacan, que no se pueden escabullir de ellas. Y finalmente, lo que entra y sale por estos mostachos es como lino que pasa por rastrillo, que ha de dejar la estopa en las púas. Empero hallo yo que tienen otro bien, y es que, como la raposa se aprovecha de su cola empapándola en su raposina para rociar con ella y desviar de sí los perros que la siguen y van alcanzando, podrán los enmostachados empapar sus mostachos en mosto de San Martin ó Yépes, y salirse á negociar sin miedo de la sed; porque cuando ésta les fuere alcanzando, podránla remojar de tal manera con el rocío de sus mostachos que no pueda darles alcance ni hacer presa en ellos; porque podrán llover vino, como llueve agua el admirable árbol de la isla del Hierro.

Unos en esta córte se sirven á la española acompañándose de tantos criados, que cuando van por la calle parecen hombres que llevan á ajusticiar, segun van rodeados de gente de pié. Otros tienen en esto más regla y moderacion, como lo solian hacer los extranjeros, llevando consigo un solo lacayo que tenga el caballo, si se apeáre, y un paje que le acompañe donde entráre. Y otros se sirven conforme al primer uso de nuestros primeros padres, mandando á sí mismos lo que les conviene. Y áun tengo yo á éstos por los mejor librados, pues no tienen que lidiar con tan capitales y des-

apiadados enemigos, como son los criados y mozos de esta córte; de los cuales di tú, famosa bellaquería, glotonería, embriaguez, impiedad, infidelidad, ingratitud, desconocimiento, descomedimiento, descuido, tahurería, rufianería, sisa y latrocinio, lo que sabes; que yo de estos crueles azotes de los hombres de bien, caribes que tragan gente humana, gusanos que comen las carnes de los cortesanos, y landres que Dios envia á la córte por los pecados de la córte, no tengo lengua para hablar, ni pluma que quiera mojarse en tan necia, ruin y bellaca tinta.

Mesas muchas hay espléndidas en esta córte, donde de ordinario se asientan muchos caballeros y escuderos sin ser convidados. Porque el señor ó caballero que aquí hace plato, tiénese por obligado á aquellos que se vienen á sentar á su mesa, siendo personas que lícitamente pueden ser admitidas. Son estas mesas servidas de diversas maneras; las borgoñonas son las más usadas, porque como se pone junta toda la comida de tres ó cuatro veces, y cada vez se hinche toda la mesa de diversos manjares, asados, cocidos y guisados, son ménos costosas, y hartan más presto con la vista de aquel henchimiento. Suelen algunos de los que allí comen, por dar á entender que traen poca hambre, dar al papo mucho ménos de lo que él demanda; y porque no se piense que tienen en mucho las aves y manjares regalados, dejan la perdiz, el capon, el faisan, el francolin, el pavo, el manjar blanco, el minaustre [1],

[1] Así en el códice, pero debió decir mirrauste, que era una salsa compuesta de almendras machacadas, canela y miga de pan, rociado todo con caldo de la olla. Servíase para pollos, palominos y otras

los pasteles, las empanadas de venado y jabalí, y las tostadas, y dan en la vaca y en el carnero, sin poner la mano en otra cosa de la mesa, bien contra la voluntad de su apetito y gana, que como niños á la madre están pidiendo á la mano de todo lo que ven delante. Despues en casa el papo y estómago se quejan y claman contra la mano diciendo que para qué se dijo : *del pan de mi compadre* [1], etc., si ella en la mesa ajena, que no le cuesta blanca, ha de andar tan corta y limitada y hacerles padecer hambre, y si alguna vez los harta, ha de ser del manjar más grosero y ménos gustoso. La mano se descarga diciendo, que conviene aquello al honor de su señor, porque no se piense que los lleva á que maten la hambre en mesa de otro. El papo y estómago dicen, que no les parece bien aquella disimulacion tan en perjuicio suyo; y que en resolucion tiene hartos duelos quien ha de comer por mano ajena.

Andan galanes sin número en esta córte, hechos enjundias de amor, derritiéndose por cualquier parte, que defenderán la hermosura de sus damas con una espada y una capa al fuerte Brimartes [2] armado de todas armas. Y es lo bueno que se pondrán á todo este riesgo por damas que no pornán por ellos un alfiler de los con que se prenden los cabos de la toca.

Darse han en esta córte mil contradictorias verdade-

aves. Véase á Ruperto Nola, *Libro de Guisados*, Logroño, 1524, 4.°, fól. 16.

[1] *Buen çatico á mi ahijado*, dícese por los que son liberales de los bienes ajenos. Véase á Juan de Mal Lara, *Philosophia vulgar*, Cent. VI, fól. 167.

[2] Hérve caballeresco nombrado en una de las partes del Amadís.

ras; hombres de mucha cristiandad, religion y celo, y por el contrario otros, ¡oh his de putas, y qué grandísimos bellacos y malos cristianos, sin acuerdo de Dios ni de sus ánimas, olvidados de la muerte temporal y áun de la vida eterna! Hombres de grande autoridad y veneracion; y hombres (hablando con perdon de los que lo son) tan bajos de pensamientos, tan viles, apocados é infames, que con razon pueden ser tenidos por la hez del mundo. Entre los cuales juzgo por más bajos y viles estos truhanes, que por más honrarlos ya los llamamos locos, y si los baptizásemos con su verdadero nombre, los llamariamos bellaquiarcas, como llamamos heresiarcas á los caudillos mayores de los herejes. Son estos bellacos tales, que si en su oficio mueren, ni el cielo los ha de querer, ni el purgatorio los ha de admitir, y áun los gentiles antiguos creyeron que el infierno se habia de despreciar de acogerlos, porque ni las almas que allá están gustan de sus truhanerías, ni los diablos se precian de bailar al són de sus guitarras.

Hay muchos hombres en esta córte de condicion noble, quieta, llana y de mucha humildad; otros tan inquietos, tan bullidores, y bulliciosos y entremetidos, como el azogue y las salamanquesas y las agujas; y otros tan hinchados que parece traen piezgos como odres por bajo, porque no se les vácie el aire; aunque á la verdad estos hinchados suelen más de ordinario ser los más nuevos en la córte, que ni ellos la han entendido el humor, ni ella los tiene conocidos.

Hay hombres francos, liberales, generosos, que tienen por gran felicidad el dar; otros mezquinos, cuitados, desastrados, que no se hartan de tierra como

sapos, más tenaces que tenazas; hombres que si el real entra en su poder, entra en perpétuo cautiverio; hombres que son como alcancías, donde puede entrar el dinero, y no salir, si la alcancía no se quiebra.

Hay aquí hombres de claros y asentados entendimientos, delicados juicios, agudos ingenios y prestas habilidades, que con facilidad ahondan hasta el centro de la tierra y penetran los cielos; y hombres de solo nombre, tan cargados de gruesa y pesada necedad, que me espanto cómo se pueden menear con tanto peso; hombres que yo no alcanzo para qué son necesarios en la córte, ni áun en el mundo; porque para los coches hay pías, para los carros mulas, para traer leña del monte acémilas, para arar bueyes, y para acarrear agua, asnos: no sé cierto de qué pueden éstos servir ni aprovechar; sino que en fin la necedad, como señora de tantos vasallos, sustenta aquí éstos á pesar de nuestro rey, aunque son de ley contraria, y tan obstinados necios, que no bastan todos sus sabios para convertir uno de ellos.

La soberbia es coronela de un crecido cuartel de este ejército de la córte. La vanidad es maestra de campo de un gran tercio de esta gente, la cual expende y consume toda su renta y substancia en solas tres cosas, es á saber: en cubrir y adornar sus aposentos de ricas tapicerías, lucidos tafetanes y damascos, vistosos cueros, costosas camas y estrados, galanos cofres, sillas y bufetes; en vestir sus cuerpos de costosos trajes, y en cargar sus mesas de buenos manjares. La cuenta de los gastos de la vida de cada uno no se escribirá en cien balones de papel; el testamento de estos tales de ordi-

nario se suele escribir en la uña; porque como los bienes de los defuntos sean los que queden pagadas las deudas, de ordinario los cuerpos de deudas se suelen sorber estas herencias, y áun quedarles los buches casi del todo vacíos.

Tienen grandísimo trabajo los cortesanos que se tienen por obligados á hacer demostracion en las tres cosas dichas, y más si son casados. Porque sólo para el tocado de las cabezas de sus mujeres, no les basta cuanto ganan los mal aventurados; que si los tocados fuesen solamente castellanos, podríanse honestamente sustentar; empero los ménos nacieron en Castilla; los más son franceses, húngaros, tudescos, milaneses, tangomangos, guinéos, pitagóricos, peripatéticos, magos, lunáticos, cornúpetas, diablescos y endemoniados. ¿Quién podrá explicar el trabajo de los pobres maridos cortesanos con las galas, con los arreos, con los afeites, con las devociones, estaciones, visitas, juntas, fiestas, meriendas y colaciones de sus mujeres; con aquel dar todos á entender que no hay mal que sospechar, ni imaginar de ellas, aunque se vayan á ensayar en los trinquetes de la casa pública, y aunque se metan á escudriñar los senos del infierno; y aquel entender á la clara muchos de ellos que sus mujeres no hacen cosa que buena sea, ni principio que á buen fin se enderece?

Pues ya que la de las mujeres es carga tan pesada, y el de los criados contrapeso tan insufrible, las criadas y mozas de casa alivian á los pobres cortesanos y á los que en córte vivimos. Pasóse ya aquel siglo dorado en que las criadas y mozas de servicio servian, tenian vergüenza y honestidad y guardaban su limpieza.

Aquí quisiera acabar, si vuestra merced me da licencia, que paso ha sido este último para dejar mi pluma más que cansada, y áun mi estómago más que revuelto. Por lo cual no pienso ahora meter el pié en los oficios, ni entre los oficiales de tantas maneras y especies de secretarios, contadores, escribanos, alguaciles y procuradores como hay en esta córte; porque podria ser, que aunque le quisiese el hombre retirar y sacar de presto, me le hubiesen cortado ántes, creyendo que llevo dineros en el zapato. Sólo quisiera tratar de una cosa y casi general costumbre, ó por mejor decir corruptela, que hay en esta córte, que es tener todos los cortesanos puestos siempre los ojos en el blanco de su particular, sin atender al cómodo ni descómodo del prójimo, como perros y gatos que están al derredor de la mesa cuando el señor come, que el que más presto puede coger el hueso ó el pedazo de pan que de la mesa se arroja, ése le coge sin atender á la hambre del compañero; tanto que anda entre estos cortesanos un lenguaje, que temo ha salido del infierno; porque cuando uno ha hecho negocio, de que se le sigue provecho, aunque se haya llegado al fin de él por medios malos, torpes é ilícitos, y sea efecto muy en daño y perjuicio de tercero, lo salvan y excusan y tienen por bien negociado con decir : hizo su negocio. Acerca de los inconvenientes y males que de la cortesana aprobacion de esta manera de negociar nacen, se puede mucho más sentir que explicar; y así no digo más, sino que en las negociaciones de córte, aunque se negocie á pospelo, no se tiene por errado el córte.

Y si vuestra merced quiere bien entender qué cosa

es la córte, cerrando esta carta se la definiré: que la córte es unas escuelas donde se enseñan y ejercitan todas las facultades buenas y malas; ó de otra manera, la córte es monte de tres tabernáculos: uno templo suntuoso y devoto de la religion cristiana; otro receptáculo del mundo y la carne, y el otro chiquero donde se ceban y engordan los siete puercos mortales; ó de otra manera: la córte es acogida y estanque de los sucesos del mundo; presa de mentiras y navegacion, donde siempre la aguja toma por norte al particular interes del navegante; ó de otra manera: la córte es dia que descubre los buenos; noche que encubre los malos; carga enfadosísima para los sabios; gustoso entretenimiento para los ignorantes; senda trabajosa, estrecha y muy embarazada para el cielo; y ancho y deleitoso camino para el infierno: ó de otra manera, la córte es mar donde los peces grandes se tragan á los peces chicos; tierra poblada de sucios gusanos, ratiles [1] venenosos y fieras rapaces; aire lleno de piadosas cigüeñas, amorosos pelicanos y caudales águilas, y cielo donde el sol y la luna resplandecen, é infinidad de estrellas centellean é influyen. Y por acabar con las definiciones de la córte y esta carta, digo: que la córte es una universidad grave, autorizada, lustrosa, llena y muy vária, donde tienen votos, así los malos como los buenos, así los simples como los prudentes; donde Dios es muy temido y acatado, el demonio muy agradado y seguido; donde los altares del templo de Vénus y Cupido están siempre humeando con sacrificios de

[1] Está sin duda por «reptiles.»

necios y tontos; donde el dios de los epicúreos tiene la mesa más llena, y Baco tiene la mejor y más combatida bodega; y donde la justicia es más poderosa y rigurosa, y los bellacos más y más principales. Y nuestro señor, etc. De la córte [1].....

[1] No tiene fecha la carta; pero de presumir es la escribiese ántes del año 1567, en que obtuvo el gobierno de las Canarias. La célebre carta de *Los Cata-riberas*, que más adelante se inserta, la escribió en 1560, en Toledo, estando allí la Córte, y él pretendiendo una vara de corregidor.

CARTA

ESCRITA AL CAPITAN MONDRAGON, EN QUE SE DESCRIBE LA MILICIA DE UNA ISLA.

(*Es útil para la noticia del lenguaje militar y algo del órden de la milicia.*)

Muchos dias há que no he visto carta de vuestra merced : no sé si lo han causado las militares ocupaciones, en que su Majestad le emplea de ordinario, ó tenerme por hombre del otro mundo despues que estoy fuera de los términos y promontorios de España. Si lo causa la primera causa, no me parece que en buena amistad es bastante descargo, que, pues la pluma no embota la lanza, tampoco la lanza debe desjarretar la pluma. Y pues Julio César en el mayor fervor y conflicto de sus guerras y batallas escribia de noche todos los sucesos del dia, bien podria vuestra merced alguna noche escribir una letra á quien tanto la desea, y por obligacion de amistad antigua la debe. Y si esta

remision la ha causado la segunda causa, paréceme (con perdon de vuestra merced) ménos causa. Pues quien trae (como vuestra merced) tan delante los ojos la muerte, y quien en los recuentros, escaramuzas y asaltos anda cada dia casi á brazo partido con ella, no hay para qué deje de tener memoria de los que están en el otro mundo. Y porque en esta parte tengo por ménos inconveniente estar yo justamente quejoso de vuestra merced que no vuestra merced lo esté de mí, quise escribir ésta significando la milicia de esta isla [1], para que entendiendo que yo escribo desde la guerra, se tenga vuestra merced por más obligado á hacerme lo que pido. Que tambien aquí se ofrecen peligrosas suertes del fiero Marte; tambien aquí la diestra Bellona tiene su escuela de armas, y áun tales discípulos en ella como vuestra merced entenderá por lo que se sigue.

Y pues del general es el primer lugar, será bien que primero tratemos de los generales de esta milicia y ejército; los cuales siempre son bachilleres, porque son los gobernadores que su Majestad aquí envia para administrar justicia. Andan con sus saboyanas y bonetes; sus armas ofensivas y defensivas son la vara. Es gran contento, y anímase mucho la gente de ver un general de estos manejar y revolver su mula, y más cuando algun arcabuz se dispara, que ella misma se revuelve y desmaneja, de manera que saca al general en un momento mil pasos del escuadron, y áun á veces arrastrándole por el campo.

[1] La de Tenerife, de la cual y de las demas, denominadas Canarias, era el autor gobernador por los años de 1567 al de 73.

Está la milicia nuestra dividida en tres tercios, cuyas cabezas son tres maestres de Campo, ó por mejor decir, maestros del campo, porque saben harto más del campo natural que produce los frutos para el sustento de la vida humana, que del campo militar que los gasta y consume: y son muy más práticos en lo de la Georgica de Virgilio y Agricultura de Collumela, que en las Reglas de Onosandro, ni en las de Vegecio: y así saben muy mejor cuándo y cómo se han de excavar y podar las viñas, sembrarse y escardarse el trigo, y derramarse las otras simientes en la tierra, que cómo se ha de juzgar la gente de guerra, ni cómo se han de hacer ni ordenar los escuadrones, ni cómo se ha de escaramuzar, arremeter, retirar, ni otra cosa alguna que al oficio de maestre de campo incumba.

Capitanes de infantería hay quince ó veinte, á los cuales algunos soldados no llaman capitanes, sino capitales enemigos, porque les hacen pelear sin sueldo con las cepas de sus viñas al tiempo de la cava y poda, en lo cual trabajan y sudan harto más que si peleasen con crueles contrarios.

Pues los alféreces de estas capitanías, para plegar y desplegar las banderas, arbolarlas, ponerlas sobre el hombro izquierdo con gran bizarría, entregarlas al viento que se las tienda y haga tremolar y campear, y escondérselas cuando convenga, defenderlas hasta la muerte, perder las vidas de los cuerpos ántes que las banderas de las manos, bien hay entre ellos quien lo haga, y mayormente ahora que las banderas todas están nuevamente lucidas y renovadas como sambenitos; lo cual no era en años pasados, que en todas ellas no se

atáran diez maravedís de todas semillas, porque estaban muy rotas y maltratadas de largas guerras que con los ratones habian tenido.

Sargento mayor y menores hay muy diestros, que saben muy bien formar sus escuadrones en cuadro, en punta, en círculo y de otras muchas maneras; saben guarnecerlos y fortificarlos en la avanguardia y la retaguardia; saben sacar sus mangas de arcabucería, aunque algunas veces (si no son todas) la avanguardia va hecha vaga guardia, y la retaguardia ataharre, y las mangas todas rotas. Y es mucho de ver cuando alguno de estos sargentos, capitanes, ó maestres de campo guia un caracol cerrado, y al tiempo del deshacerle, verle que no atina más á salir dél que si se hallase en el centro del labirinto de Creta, ó en el buche de la ballena que tragó al profeta Jonas. El sargento mayor tiene gran cuidado de dar el nombre á las velas, y no nombres de Santiago, San Miguel; San Jorge ni otros santos, sino nombres de que ellos más gusten; y así unas noches les da por nombre la Vimbrera, Bel-terreno, ó Breña verde, que son unos pagos que hay de donde proceden muy buenos vinos; otra noche la Bermuda, porque es una badulaquera que hace muy gruesas morcillas; y otra noche la madre Rioja, que es otra madre Celestina.

Hay hombres de grandes cabezas y experiencia, que se juntan con el general á los consejos de guerra fuera de los regidores; aunque los regidores son tan sabios y expertos en las suertes de la malicia (digo de la milicia), que no sé yo si el Gran Capitan, ni el señor Antonio [1],

[1] Probablemente Antonio de Leyva, el castellano de Pavía.

ni el señor Alarcon, ó el de Pescara, ó Mariñano [1], entendieran la tercia parte de lo que ellos entienden. Los del consejo, que no son regidores, hanse escogido por su larga experiencia; porque hay algunos que há cincuenta años que estuvieron un año ó dos en Zafin, ó en Cabo de Ager y Mazagan, y otras fronteras de Berbería en servicio del rey de Portogal, y así entienden muy bien lo de la guerra vieja y dan la mitad de sus consejos en arábigo. Hay otros mozos de poca edad, empero de muy más poco entendimiento, recien venidos de Italia, donde pasaron por ciertas plazas y alojamientos de soldados bisoños, yendo á impetrar beneficios, rescriptos ó indultos de la Sede Apostólica que les importaban; á los cuales se dió de tal manera el arte militar en los pocos dias que con los soldados de Italia comunicaron, que traen en la uña todo el uso y reglas de la guerra nueva; y áun á algunos sobra papel y tinta, segun traen las uñas crecidas y sucias. Y cierto, juntos estos soldados con los de la guerra vieja, y el general y regidores terciando, no hay más que oir y se podrá decir ésta mejor escuela de la milicia que fué la Academia de Aténas de la Filosofía; salvo que para entender los consejos de los maestros de la guerra vieja, es menester una lengua arábiga, y para los pareceres de los de la guerra nueva es necesario un intérprete de la lengua toscana, y áun otro que declare los términos que ellos usan del frásis militar, que acá no se entiende más que el Nuevo Testamento. Para lo de los regidores

[1] Juan Jacobo de Médicis, marqués de Marignano, y hermano del papa Pio IV, fué uno de los generales de Cárlos V que más se distinguieron en la guerra de Alemania.

no es menester expositor, porque todos hablan la lengua vulgar.

Vinieron este año los moros sobre una isla comarcana, por lo cual convino en esta isla juntarse á consejo de guerra, donde se tuvo un consejo de tanto peso é importancia, que era digno de perpétua estampa. Porque el Gobernador, que es capitan general, propuso que sobre aquella isla estaban quinientos moros y dos mil bajáes, los cuales traian carracas de remos, y podrian venir con facilidad á esta isla, que mirasen qué convenia proveer para que no nos tomasen durmiendo. Luégo salió uno de dos médicos que hay en cabildo regidores, diciendo que convenia todos los vecinos tomasen de un filonio romano ó el zumo del opio, que era cosa muy probada para desterrar el sueño de los ojos. El otro médico dijo: «buen olor de polvos de castoreo ó de pimienta rociados con vinagre les manda vuestra merced tomar para no dormir. Yo fio, si toman el filonio [1] ó el opio que vuestra merced dice, que duerman tanto, que pueda ser hallar, cuando recuerden, pasada su era, y mudado el cuño de la moneda como los siete durmientes.» Otros regidores dijeron que se tapiasen las calles con tapias de cien codos en alto, porque los moros tuviesen necesidad de llamar á las puertas, y no se entrasen sin llamar saltando las bardas. Otros, que se cegasen los puertos y caletas de la isla (que son más de trescientos de profundísima altura), porque los moros no pudiesen tomar tierra. Y otros que se fuese la gente

[1] El original decia filouio; pero se ha corregido conforme está. El filonio (philonium) era un medicamento muy usado en la antigua farmacopea.

á dormir á las montañas desde luégo, porque los moros no les tuviesen atajados los pasos al tiempo del menester. Sobre lo cual se altercó y voceó tanto por todos á un mismo tiempo, que parecian muchachos que leen en la escuela; y aunque ni unos son Oñez ni otros Gamboas, ni unos güelfos ni otros gibelinos, no se acababan de resolver; y así salió un maestro de la guerra vieja, y dijo: «si aquí vinieren los moros, procuarémos cogerles los almogavares, que ellos nos dirán qué gente es ésta, si vienen buenos adalides y valientes alcaides en ellos; yo creo que son morillos gilmeros de los que no hay que temer, y que no vienen entre éstos de aquellos alárabes esforzados que cuando estábamos en la frontera revolvian contra nosotros en las escaramuzas batiendo las piernas á los caballos á toda furia, embrazadas las adargas y blandiendo las lanzas con rebozos de almaizales ante los rostros, porque no viésemos si se les mudaba el color, y venian cantando de esta manera: *Menzab almozarac y darga zemel quifizinina yahorren tayni yagrini, ya nuarti lex mati qui limi ni. Amuley ti naarfixi hamelu illium* [1]. Y cantábalo el buen capitan viejo en el cabildo como lo cantára el alárabe en Berbería.» Luégo salió otro de los maestros de la guerra nueva, y dijo: «si los moros vinieren á nuestra isla, en nuestras casas nos toman, adonde podrémos comer piñatas podridas cuando quisiéremos, y

[1] Parece canto guerrero de los que usaban alárabes y beduinos en la costa africana. Está en dialecto vulgar, y ademas tan desfigurado por la escritura, que no es cosa fácil atinar con su significado. Empieza: «El campo de las picas y de las duras adargas», y parece concluir: «¡oh señores, mis camaradas! cargad sobre ellos.»

ellos comerán bizcocho lleno de gusanos, si lo tuvieren.—No estamos en tiempo ni en tierra tan fria, que no podamos muy bien jugar las armas á cualquier hora, que esta tierra no es Alemania, donde me acuerdo que estando en campaña nos acaecia no poder ligar con las manos la ligagamba, ni atar una estringa, ni áun sacar la hoja del fodro, y los estivales se nos quedaban pegados á las calzas con el hielo; levántense mil hombres y marchen luégo al puerto; alójense en sus cuarteles, tengan allí sus personajes, sepan ordenarse de manera que cuando convenga, su escuadron se cierre y abra, y sepan sacar sus mangas de arcabucería, que aunque no tengamos los herreruelos de Alemania, ni los tercios de Nápoles y Sicilia, no nos ofenderán; que ellos no traen cañones reforzados, ni culebrinas, ni serpentines, ni sacres con que nos batan la fortaleza, ni puedan romper lienzo de ella, ni traen mantas de guerra, ni ingenios para este combate.—Si pareciere á vuestras mercedes que en aquel repecho, que está á caballero del cubelo viejo de la fortaleza, se haga un bestion, donde se planten dos pasamuros, dos falconetes y media docena de versos y esmeriles, y mosquetes entre sus cestones para que ayuden á defender el cubelo; fortificando esta artillería con foso y trinchea, vayan cincuenta gastadores que lo hagan, y con esto, si vinieren, dejámoslos saltar en tierra á hacer sus corredurías, echarémos nuestras espías de á caballo tras ellos, y en haciendo alto, darles hemos Santiago, al matin, encamisados (si nos pareciere), porque aunque nos mezclemos con ellos nos conozcamos, y harémoslos recoger á sus galeras, de manera que nos dejen mucho despojo en

las uñas, y por lo ménos les pillarémos el bagaje.»

Sobre este parecer se levantaron y multiplicaron las voces largo rato: al cabo del cual la resolucion del pesado consejo fué que se avisase al alcaide de la fortaleza que no durmiese á prima noche, y tuviese los paveses sin polvo, y las espadas de la fortaleza fuera de las vainas para más presteza, y se pregonase, para animar al pueblo, que ninguno temiese á los moros sopena de tres reales de vino para las guardas del fuerte. Y con esta resolucion se salieron sin tomar otra.

Salidos de este cabildo juntáronse luégo los regidores en otra casa á reir de las cosas que habian dicho los maestros de la guerra nueva y vieja. Y dijo uno: «mirá[1] por mi vida lo que dijo el capitan viejo, que cogiésemos los almogavares de los moros, por decir las almojabanas; como si ellos trajesen almojabanas para su regalo.»—Otro dice: «pues ¿no vistes que buena sonada dió á la cancion arábiga? mirá quién nunca entró á pelear cantando donde lleva tanto peligro de muerte.—Y aquellas piñatas podridas (dice otro) que dijo el soldado nuevo, que habiamos de comer en nuestras casas, ¿no fuera mejor que si tuviéramos piñas en esta isla, comiéramos los piñones sanos y buenos?—Pues ¿qué campaña era aquella de Alemania (dice otro) en que estuvo nuestro capitan nuevo, donde hacia tanto frio, que no se podian atar las ligabambas?: los que están en las campanas, badajos suelen ser.» Otro dijo: «¿qué animal es aquella estringa que no podian atar? Y ¿qué árbol es el fodro, cuya hoja dijo que no podian sacar?

[1] Manera vulgar de pronunciar y escribir el plural del imperativo.

que cierto yo no tengo más noticias dél que de los más ignotos del paraíso terrenal.—Pues ¿no estuvo buen disparate (dijo otro) lo que dijo, que los estivales se les pegaban á las calzas con el hielo? paréceme á mí que los estivales, siendo vapores secos del estío, más se pegarán con el calor.—Y áun á mí me parece lo mismo (dijo otro), y que no fué grande el aviso que se levanten mil hombres que marchen al puerto; porque si no se levantan y están acostados ó sentados, mal irán á mercar, que es lo que él llama marchar hablando á la soldadesca.—Pues más dijo (dice otro), si vuestras mercedes se acuerdan, que los mil hombres se alojasen en sus cuarteles, como si la mar de nuestro puerto fuera de aloja, y como si estuviéramos en Alimaña ó Flándres, donde se tejen manteles de muchos cuarteles para tanta gente.—Y la gente que al puerto fuese (dice otro), ¿iba á fiestas y momerías, que habian de tener personajes? Y el escuadron de la gente ¿habia de tener puertas para cerrarse y abrirse? Y ¿qué alcabucería habian de sacar los soldados en las mangas?—Mas mirá (dice otro), ¿para qué queriamos acá los herreruelos de Alimaña? que áun un herrero que tenemos nos sobra; más nos hicieran al caso las tercias de Nápoles y Sicilia que dijo, pues el Rey no nos quiere dar para estos gastos las que aquí tiene del pan.—Pues ¿no estuvo muy donoso (dice otro) el término de batir la fortaleza? como si fueran huevos para freir en tortilla.—Y ¿qué culebras y serpientes (dice otro) son aquellas, que dice que no traen los moros?—Y sacres tambien dijo (dice otro), como si los hubieran de traer para matar garzas en esta isla. Aquello que dijo que no romperán los moros lienzo de

la fortaleza, creo yo: porque si en ella hubiese lienzo, tengo para mí que el alcaide ternia más camisas, que me afirman que no tiene sino una, aunque ésa muy bien servida; porque para el servicio de ella sola, dicen que tiene media docena de gorjales y puños.—Las mantas de guerra que él dijo (dice otro), querria yo que trajesen los moros; quizá rescatariamos algunas, que deben de ser grandes y de mucha lana, pues las traen para cubrirse en el campo; ingenio para combatirnos todos ellos tendrán poco.»

«Pues ¿no estuvo bueno (dijo otro) decir que se haga un bestion en el repecho? ¿Quién le ha de hacer? Hágale Dios que le hizo á él; que aquí no somos criadores para hacer criaturas. Y que se planten allí pasamuros, como si fuesen árboles y otras plantas, que estén entre cestones; mirá qué fuerza pueden dar los cestos de la vendimia por grandes que sean.—Más fuerza me parece á mí (dijo otro) que dará la trinchera, que dijo: porque si hay que trinchar estará la gente reforzada. Y esto pudieran gastar bien los cincuenta gastadores que dijo que fuesen; y no sé yo qué otra cosa hay que gastar, para que hayan de ir gastadores al puerto.—Mas ¿qué quiso decir (dijo otro) cuando dijo que el repecho estaba á caballero del cubelo?—En eso diria (dice otro, riendo) que el repecho estaba caballero sobre el cubelo; sino que no declaró si á la jineta ó á la estradiota. ¿Y qué corredurías de lonja habian de hacer los moros en nuestra tierra? Y qué alto habian de hacer? ¿Habíamosles de consentir que tratasen, y que hiciesen torres altas en que se hiciesen fuertes?—Y teniendo el Santo Oficio en esta tierra (dice otro), ¿habiamos de dar á San-

tiago á los moros? y al matin ¿y el alma? Pues ¿no fué buen aviso (dijo otro con mucha risa) que vamos encamisados para conocernos? Como si no hubiesen de ir las camisas debajo de los sayos y jubones. Y que pillarémos el bagaje y que pelearémos en vago; mirá qué parecer tan importante.»

Así hacen conversacion los sabios regidores de lo que proponen y tratan los expertos maestros de la guerra nueva y vieja; y pasa el negocio de tal manera, que los capitanes de la guerra vieja murmuran de los soldados de la guerra nueva; los soldados de Italia escarnecen á los fronteros de Berbería; los regidores mofan de los unos y de los otros; el pueblo ríese de todos; y el mundo puede murmurar, escarnecer, reir y mofar de todo este pueblo y ejército.

Atambores hay escogidos oficiales, aunque todos son negros; tocan el recoger, la órden, el marchar, hacer alto, el arma, la escaramuza, la plegaria, el arremeter, la batería, el retirar; y todo lo tocan á la sonada del gurumbe ó chanchamele y otros guinéos.

De pífaros hay gran falta, si no se toman el dia de la necesidad de los del ejército porcuno.

Dos trompetas hay para la gente de á caballo tan roncas y desacordes, que los caballos no las conocen por tales; de los caballeros muchos las entienden, y se animan y encorajan con su sonido; porque parece que van sonando en remembranza de la pasion de Nuestro Señor Jesucristo, como las que se tocan en Juéves Santo.

La gente de esta isla generalmente es muy animosa, y en especial los capitanes; de los cuales algunos luégo

en viendo que se descubre vela por la mar, aunque sea de diez leguas, encamina su mujer é hijos é cofres á la montaña; y les avisa que tomen cueva ó sitio donde él tambien pueda caber, si allá fuere.

Los soldados son unos Césares, en especial los ratiños portugueses (que hay aquí muchos), que en oyendo nueva de enemigos y viendo á cualquier hombre rico de la isla, dicen por él unos á otros : *ollay elle garde a sua facenda, que eu naõ teño que gardar ainda mais que a miña persoa : por ende, por os evangellos, que si os enemigos veñen a illa, logo me fujo a as montiñas mais altas.*

La disciplina y órden militar, ni el guardar los bandos y órdenes de sus capitanes no les da mucho gusto; porque como son gente tan belicosa y orgullosa dicen : que eso de órdenes es bueno para obispos que las dan y clérigos que las reciben, y para los religiosos que las profesan : y no para ellos, que ni nacieron para ordenar, ni para ser ordenados. Son diestros, airosos, y muy gallardos; las picas llevan como penitentes que llevan cruces á cuestas; los montantes juegan como yeseros las palancas con que majan las granzas; las rodelas por bajo amparando las braguetas, y las espadas tirando tajos y reveses por alto. Para tirar los arcabuces atiéstanlos hasta las bocas de pólvora; tómanlos por medio del cañon con la mano izquierda, y sacan el brazo al lado cuanto pueden, porque no les toque el fuego (que le temen mucho); y al tiempo del pegar la mecha con la otra mano, vuelven el rostro á la otra parte, como los flacos que aguardan la lancetada del sangrador : y áun al disparar del tiro cierran

los ojos, y pierden el color, y tiemblan como casas viejas. Las balas que tiran son balidos, porque van balando por comer; no tiran perdigones al enemigo, que en sus cuerpos los echan cuando los tienen. Son de gentil y cierta puntería, y más con escopetas de vidrio. En tocando un arma, y diciendo ¡enemigos! andan los valientes, los Guzmanes, por la ciudad ardiendo como fuego de estopas, y en saliendo al campo para ir al puesto, acábase la llama de estas estopas, y quédanse escondidos por los barrancos y quebradas de la tierra : unos dicen que á proveerse; otros que á acechar á los que se vuelven; y otros afirman que quedan en celada para si los enemigos entraren la tierra adentro.

¡Oh qué lástima y qué dolor tan grande es ver estos dias de rebatos la gente de guerra que baja al puerto, cuando se despiden de los que bien quieren! El marido derramando lágrimas se abraza con su mujer diciendo : «quedáos á Dios, mujer mia, que no sé si nos verémos más»; y pégase con ella tanto, que ántes que se despegase, serian los enemigos idos, aunque estuviesen sobre la isla un año, si el general no entrase á arrancarle como á clavo con tenazas. El hijo temblando dice á la madre : «¡oh madre mia! ¿quién pudiera ahora encerrarse en ese vientre, do me trajistes, por no me apartar de vos en tiempo de tanto peligro?» El padre dice á los niños : «¡ay hijos mios salidos de mis lomos, para qué me apartan de vosotros, que sois mis hijos, á quien yo amo tanto, y me llevan á ver moros, que no los querria ver más que á todos los diablos! Empero cuanto oir esto es dolor y pena, es grande contento ver

cuando estos rebatos se ofrecen de noche, salir el capitan de la ciudad (digo el que está señalado para quedar con cierto número de gente en guarda de la ciudad, cuando las otras compañías bajan al puerto), con el cual solo creo quedaria la ciudad muy segura; porque allende de ser hombre de ochenta años arriba, cuyo ánimo, vigor y fuerzas no pueden dejar de estar muy vivas con el calor de la sangre nueva, saca tan bien armada y aderezada su persona, que la espada Durindana de Roldan, ni áun la Balisarda que cortaba las armas encantadas, no pasaria las suyas. Porque en la cabeza saca una celada de paño azul con su baberon muy baboso, que algunos llaman papahigo, y debajo su bonetillo colorado, y un tocadorcillo de tres varas de lienzo con una caperuza jaen, y encima un sombrerazo encasquetado, que no le llegarán al casco lanzas del cielo que cayan; saca dos pajes de armas á los lados, uno de espada, que le ata y desata la agujeta de la martingala, cuando es menester, y otro de lanza que á cada paso le pone el orinal en la mano, porque con la alteracion de los rebatos cada momento ha menester poner la lanza en cuja.

El alférez es muy conforme al capitan; saca un abanderado, porque él harto tiene que llevar, y sustentar con ambas manos el peso de una arroba de potra que delante le cuelga.

Los soldados de esta compañía son conformes al caudillo, y escogidos de propósito para que las mujeres queden seguras de estupros y fuerzas, y libres de los rayos de sus ojos, aunque no de los del ojo de cualquiera de ellos. Son los soldados de todo este ejército

tan bravos, que si cualquiera de ellos se halla encima de una cuba, la beberá la sangre de mejor gana, que Tomíris bebió la sangre de Ciro, y los numantinos la sangre de los romanos. Es gran contento verlos arremeter (digo á las tabernas), y es gran gusto verlos retirar (digo hácia sus casas) en descuidándose el capitan y cabos de escuadras. Un dia de alarde es cosa de ver la brava competencia que hay entre los capitanes sobre la avanguardia y retaguardia; y el dia que se ordenan para cosa de véras, todo el ejército querria ser escuadron, y que su avanguardia fuese todo el Océano, y en su retaguardia los Alpes y Pirineos con el monte Olimpo encima.

Despues que los moros acuden á estas partes, hay muchos que tratando de lo que sería de los vecinos, si viniesen á esta isla, se les va la lengua á la ley que piensan guardar en este cuento, y dicen alzando las manos al cielo: *Alá xadibor* [1]. Otros dicen: *gracias al Dios de Abraham que puso sinagogas y juderías en Berbería.*

Andan en este ejército más diferencias de bandas, que de ritos y setas entre los herejes é infieles; porque aquí tenemos las bandas rojas de España, las blancas de Francia, las azules de Normandía, las negras de Bretaña y las amarillas de Alemania, y otras de diversos colores y diferentes naciones. De manera que ninguna nacion de gente enemiga podria aquí venir que no hallase contrarios con quien pelear y amigos que le

[1] *Allah ââlim* (Dios solo es sabedor), expresion muy frecuente entre los árabes. Los moriscos aljamiados pronunciaban *xabidor*.

ayudasen. Armas hay muchas; y qué tales? Picas, pero pocas, y éstas mejor para picar bueyes que para traspasar turcos. Espadas, no como la tizona del Cid, empero como negros tizones. No han menester alabardas, que albardas se son ellos; ni partesanas más que sus dientes, que parten lo sano para sí mejor que cuantos partidores de herencias hay. Arcabuces muchos y bien aderezados de todas municiones; para diez hay un frasco y para ciento un murron [1]. No se usan en esta guerra arneses de piezas dobles, porque no se han de esperar golpes que hayan menester tanta resistencia; y para su manera de pelear, esles grande impedimento el ir encambronados, porque pelean huyendo por los riscos más que cabras. Ni usan arneses de seguir, pero tráenlos de seguidos, que es morrion de grana, redondo y sin cresta, gola, peto, espaldar, brazales, guarda-brazos y quijotes de lienzo; gocetes de lana, manos sin mandiletes, piernas sin grevas ni calzas, piés sin escarpes ni zapatos: con las cuales armas pelean tan bien que ni los enemigos les ven los pechos, ni les pueden dar palmada en las espaldas. Tampoco usan coseletes de infantes, porque dicen que no son armas suyas, pues no son hijos de Rey, ni usan otros cuerpos de armas, y áun

[1] Así en el códice; pero debe ser error del copiante por «morrion», que era el casco usado por los mosqueteros y demas gente de á pié. «Las armas del arcabucero y del mosquetero (dice Mendez en su *Arte Militar*, 1612) son todas ofensivas y ninguna defensiva; puesto que no traen más que el arcabuz ó mosquete, y las cosas que le pertenecen, como son horquilla, balas, pólvora, cuerda ó mecha, frasco, polvorera, portafrasco y bolsa para las balas, ademas de espada y daga. Defensiva no lleva ninguna, á no ser el *morrion*, que le defiende y guarda la cabeza». Otro tanto viene á decir Pistofilo en su *Oplomachia ó sea Discursos de la Pica, de la Alabarda y del Mosquete*. Siena, 1621, en 4°.

cuerpos de almas hay muy pocos entre ellos; ni áun almillas no usan si no son de grana. Muchos se infunden el alma de Baco, y éstos van los más animosos entre tanto que les duran estos espíritus vitales, y acabados estos humos quedan como cuerpos desangrados. Usan rodelas bravísimas de pintura: unas con sierpes que espantan; otras con San Jorge que pasa al dragon con la lanza; otras con Santiago derribando moros con su caballo y espada, y otras con San Miguel que tiene al diablo á sus piés vencido; y con otras pinturas tan terribles, que si los enemigos lo consideran bien todo, temerán mucho ménos lo vivo que lo pintado. No cabalgan en caballos de la raza de Nápoles, ni de los campos de Jerez, ni hacen potros de Alcaraz; de otras castas los tienen; y aunque aquí hay muy pocos, son muy buenos caballos, todos de ambas sillas (digo de silla y albarda), recios de lomos, que traen leña del monte, como las acémilas de Sosa que sirven en la cocina Real, tan mansos y humildes que someten la cerviz á la collera y arado con toda mansedumbre, humildad é instinto. Son revueltos en gran manera, porque la mayor parte del tiempo los traen á los tornos al rededor de las atahonas, y así como andan seguidos y hechos al trabajo, son aptos para cualquier acto militar. Corren como sapos por aradas; paran muchos de ellos sin ser llamados; otros son tan sordos de boca que aunque les hagan pedazos los dientes, no oyen las aldabadas del freno. Muchos de ellos parten contra Oriente y paran hácia el Mediodía; otros salen del Septentrion y van á dar al Poniente.

De los caballeros, pues, ¿qué hay que decir sino que

son diestrísimos en el juego de la lanza y adarga? sino que como entre cada dos piernas de caballero va un animal de cuatro piés, tan grande y feroz como es el caballo, y los dos piés van encajados en dos estriberas como en dos bretes, ligados y encerrados los tobillos y carcañales con las espuelas y acicates; el peso de la espada sobre el muslo, la adarga sobre el brazo izquierdo, la rienda en la mano zurda, la lanza en la derecha; ¿cuál diablo se ha de menear y revolver en la silla, ni jugar la lanza y adarga? Si la lanza del moro viene por detras bimbrando el hierro como lengua de culebra, perdone la señora espalda del jinete, que la adarga ni sabe ni puede cubrir el cuarto trasero. Pues si viene el golpe sobre el lado de la lanza, allí es el sudar y el temblar y perlesía de todo el lado derecho; porque cualquiera de estas adargas es de cuento, y parece de encaje, como tablachina de húngaro, que no hay menearla de sobre el lado siniestro, porque así se lo manda el corazon, que esté delante de él y le ampare, y todo lo demas del cuerpo se valga por sí.

Caballos ligeros no se usan en esta guerra, porque se congojan debajo de una celada engolada ó borgoñona; ni saben llevar la lanza en cuja, que parece lanza coja; ni ponerla en el ristre, que parece que ponen una ristra de ajos; ni se quieren obligar á llevar espada y daga en la cinta, y estoque y hacha colgando del arzon, que dicen que parecerian tiendas de espaderos. Ni áun se atreven á cabalgar á la brida, aunque los aceros de las sillas les lleguen á las barbas y colodrillos, y las borrenas les ciñan los muslos y se les cierren como llaves; porque dicen, y muy bien, que de qué sirve llegar el

arzon delantero á la barba, si el hombre de armas no es de barba, ni el arzon trasero al cerebro, si el cerebro está vacío; y que de qué efecto serán las borrenas, si los muslos que han de ceñir son de borra.

Una fortaleza hay sobre el puerto, que si no hay más fortaleza en los pechos de la gente de la isla, en breve rato ella mostrára la poca que en sí tiene. Tratóse en dias pasados de hacerle una barbacana, y muchos lo contradijeron, diciendo que no eran menester viejos con barbas canas para defender la fortaleza, sino buena gente, moza y recia. Tratóse tambien de hacer una fortificacion delante de ella á manera de trinchea de céspedes, y muchos lo contradijeron, diciendo que qué resistencia habian de hacer los céspedes, pues el fuerte Céspedes no se pudo defender de los morillos de Granada. Tiene la fortaleza buena artillería, aunque poca; tiene para esta artillería muy buen conde-establo y artilleros, y tales, que les acaece asestar de puntería la pieza á una montañeta que está á trescientos pasos, y no acertar la bala en todas las montañas. Está bien apercebida la fortaleza de todas armas y municiones; porque demas de las piezas gruesas hay ciertos arcabuces sin llaves, ciertas picas sin hierros, ciertas espadas mohosas, algunos paveses del buen tiempo; pólvora mucha, más de tres quintales y medio; mucha ropa para el vestido de los soldados; bastimentos á hartura; mueho bizcocho, mucho trigo, centeno, cebada, mucho vino, vinagre, aceite, sal, muchas cecinas, pescados ceciales y quesos; muchas legumbres de garbanzo, lenteja, haba; mucha leña y carbon, atahonas, molinillos, hornos y una grande cisterna, aunque sin gota de agua;

y tan llena está la fortaleza de todo lo demas, en tanto que podria diez años estar sitiada como Troya, sin que la tomen más por hambre el dia postrero que el primero.

Pues en la vela de ella no hay descuidar, que en los tiempos necesarios no hay dia que el general no mande ir más de veinte soldados, y que no vayan por lo ménos más de dos ó tres; y éstos de los que convienen, no gente holgada y briosa, que no quieren meter en la fortaleza más pólvora (que harto poca se tiene ella), sino gente amortiguada y cansada de cavar y arar y trabajar en el campo todo el dia; que duerma y calle y no ponga la fortaleza y alcaide en rebato. De esta manera nos velamos en esta isla; de esta manera nos guardamos y apercibimos contra cualesquier enemigos que vengan. Y prometo á vuestra merced que está la gente tan animosa, que tengo para mí que por muchos enemigos que salten en tierra, han de matar muy pocos de los de este ejército; del cual no sé si me queda más que decir para que vuestra merced entienda su cualidad y suerte. Lo que á la pluma ha faltado, supla el buen entendimiento y larga experiencia de vuestra merced, cuya persona y estado nuestro Señor, etc. Fecha en 10 de Noviembre de 1568 años.

CARTA

ESCRITA AL LICENCIADO MIRANDA DE RON, PARTICULAR AMIGO DEL AUTOR. EN QUE SE PINTA UN NAVÍO, Y LA VIDA Y EJERCICIOS DE LOS OFICIALES Y MARINEROS DE ÉL, Y COMO LO PASAN LOS QUE HACEN VIAJES POR LA MAR.

(*Es útil para la noticia del lenguaje marino.*)

Qui navigant mare, enarrant pericula ejus. Los que navegan podrán contar los peligros del mar, dice el que mejor lo sabe. Y así, como hombre que por mis pecados he navegado, quise contar á vuestra merced los trabajos de mi navegacion, aunque (á Dios gracias) fueron sin ímpetu de mar ni cosarios.

Hallándome sin provision en la isla de Tenerife, traté de fletar navío para esta Isla Española [1], y fleté no por poco dinero uno llamado Nuestra Señora de los Remedios, de harto mejor nombre que obras; cuyo maestre

[1] La de Santo Domingo, adonde pasó con plaza de oidor en 1573.

me afirmó ser el navío capaz, velero y marinero, estanco de quilla y costado, bien enjarciado y marinado. Y llegado el dia que nos hubimos de hacer á la vela, y la hora de nuestra embarcacion, que fué ántes del mediodía, lúnes 19 de Julio, doña Catalina [1] y yo con nuestra familia nos llegamos á la orilla de la laguna Stigia donde arribó Charon con su barquilla, y nos llevó á bordo del navío que nos habia de recibir, y nos dejó en él. Y allí por gran regalo nos metieron en una camarilla que tenía tres palmos de alto, y cinco de cuadro, donde en entrando la fuerza del mar hizo tanta violencia en nuestros estómagos y cabezas, que padres é hijos, viejos y mozos quedamos de color de difuntos, y comenzamos á dar el alma (que eso es el almadiar), y á decir *baac*, *baac*; y tras esto *bor*, *bor*, *bor*, *bor*; y juntamente lanzar por la boca todo lo que por ella habia entrado aquel dia y el precedente, y á las vueltas, unos fria y pegajosa flema, otros ardiente y amarga cólera, y algunos terrestre y pesada melancolía. De esta manera pasamos sin ver sol, ni luna; ni abrimos los ojos, ni nos desnudamos de cómo entramos, ni mudamos lugar, hasta el tercero dia, que estando yo en aquella oscuridad y temor oí una voz que dijo: «bendita sea la luz y la Santa Veracruz, y el Señor de la Verdad, y la Santa Trinidad; bendita sea el alma, y el Señor que nos la manda; bendito sea el dia y el Señor que nos le envia.» Y luégo esta voz dijo las oraciones Pater Noster y Ave María, y tras esto dijo: «Amén. Dios nos dé buenos dias, buen viaje; buen pasaje haga la nao, señor

[1] Doña Catalina Carrillo, su esposa, con quien casó en 1557.

capitan y maestre y buena compaña, amén : así faza buen viaje, faza; muy buenos dias dé Dios á vuestras mercedes, señores, de popa á proa.» Que como yo oî esto, consolado con tales palabras dije á mi mujer : «Señora, aunque sospecho que estamos en casa del diablo, he oido palabras de Dios. Quiérome levantar y salir á ver qué es esto, y ver si nos vamos ó si nos llevan»; y así me aliñé lo mejor que pude, y salí del buche de la ballena ó camareta en que estábamos, y vi que corriamos en uno, que algunos llaman caballo de palo, y otros rocin de madera, y otros pájaro puerco; aunque yo le llamo pueblo y ciudad, mas no la de Dios que describió el glorioso Augustino. Porque no vi en ella templo sagrado, ni casa de justicia, ni á los moradores se dice misa, ni los habitantes viven sujetos á la ley de razon. Es un pueblo prolongado, agudo y afilado por delante, y más ancho por detras, á manera de cepa de puente; tiene sus calles, plazas y habitaciones; está cercado de sus amuradas; al un cabo tiene castillo de proa con más de diez mil caballeros en cada cuartel; al otro, su alcázar tan fuerte y bien cimentado que un poco de viento le arrancará las raíces de cuajo, y os le volverá los cimientos al cielo, y los tejados al profundo. Tiene su artillería y su conde-estable que la gobierna; tiene mesas de guarnicion; no falta en este pueblo un trinquete, ni un joanete ni un borriquete, papahigo, boneta ni barrendera. Tiene un molinete que con su furia mueve á los marineros, y con su ruido á los pasajeros; una fuente ó dos que se llaman bombas, cuya agua ni la lengua ni el paladar la querria gustar, ni las narices oler, ni áun los ojos ver, porque sale espumeando como infierno y

hediendo como el diablo. Hay aposentos tan cerrados, oscuros y olorosos que parecen bóvedas ó carneros de difuntos. Tienen estos aposentos las puertas en el suelo que se llaman escotillas y escotillones; porque los que por ellos entran escotan bien el contento, alivio y buen olor que han recebido en los aposentos de la tierra; y porque como los aposentos parecen senos de infierno (si no lo son), es cosa cuadrante que las puertas y entradas estén en el suelo de manera que se entren hundiendo los que allá entraren. Hay tantas redes de jarcias y cuerdas á la una y la otra banda, que los hombres allí dentro parecen pollos y capones que se llevan á vender en gallineros de red y esparto.

Hay árboles en esta ciudad, no de los que sudan saludables gomas y licores aromáticos, sino de los que corren contino puerca pez y hediondo sebo. Tambien hay rios caudales, no de dulces, corrientes aguas cristalinas, sino de espesísima suciedad; no llenos de granos de oro como el Cibao y el Tajo, sino de granos de aljófar más que comun, de granados piojos, y tan grandes que algunos se almadian y vomitan pedazos de carne de grumetes.

El terreno de este lugar es de tal cualidad que cuando llueve está tieso, y cuando los soles son mayores se enternecen los lodos y se os pegan los piés al suelo, que apénas los podréis levantar. De las cercas adentro tiene grandísima copia de volatería de cucarachas, que allí llaman curianas, y grande abundancia de montería de ratones, que muchos de ellos se aculan y resisten á los monteros como jabalíes. La luz y la aguja de esta ciudad se encierra de noche en la bitácora, que es una caja

muy semejante á éstas en que se suelen meter y encubrir los servicios de respeto, que están en recámaras de señores. Es esta ciudad triste y oscura; por defuera negra, por dentro negrísima: suelos negrales, paredes negrunas, habitadores negrazos y oficiales negretes; y en resolucion es tal que desde el bauprés á la contramesana, de la roda al codaste, de los escobenes á la lemera, del espolon al leme, de los estantes de babor hasta los masteleos de estribor, y del un bordo al otro, no hay en ella cosa que buena sea ni bien parezca; mas en fin, es un mal necesario como la mujer.

Hay en este pueblo universidad de gente y poblacion donde tienen sus oficios y dignidades por sus grados y hierarquías, aunque no de ángeles. Porque el piloto tiene á su cargo el gobierno de ella, como el lugarteniente del viento, que es el gobernador propietario. El capitan la defensa, y ya que este capitan no es el Roldan, tiene la ciudad dentro muchas roldanas, bravos bigotes y áun vigotas. El maestre la guarda de las haciendas; el contra-maestre el arrumar y desarrumar; los marineros, marinar la nave; los mozos y grumetes ayudar á los marineros; los pajes servir á marineros y grumetes, barrer y fregar, y decir las oraciones y velar la ciudad. El guardian no es de frailes franciscos, sino que guarda el batel, y tiene cuenta con guardar lo que hurta á los pasajeros y hacer traer agua. El despensero la guarda del bastimento; y el calafate es el ingeniero que la fortifica y cierra los portillos por donde podria entrar el enemigo. Hay en este pueblo un barberi-médico para raer los testuces de los marineros y sacarles la sangre, si menester fuere. Y en fin los vecinos de esta ciudad

no tienen más amistad, fe, ni caridad que los bijagos, cuando se encuentran en la mar.

Miré al piloto, teniente del viento, y vile con grande autoridad sentado en su tribunal é cadira de palo, que se debió comprar en almoneda de barbero; y de allí, hecho un Neptuno, pretende mandar al mar y á sus ondas, y á las veces sacude el mar con una rabeada, que si no se asiese bien á los arzones de la silla, iria á sorber tragos del agua salada. De allí gobierna y manda, y todos hacen su mandado, y le sirven tan bien que despues de «Lanzarote cuando de Bretaña vino», yo no he visto caballero tan bien servido, ni he visto bellacos que tan bien sirvan y tan bien merezcan sus soldadas como estos marineros. Porque si el piloto dice: ¿ah de proa? veréislos al momento venir ante él saltando como demonios conjurados; y están los ojos en él puestos y las bocas abiertas esperando su mandado; y él con grande autoridad manda al que gobierna, y dice: botá; no boteis; arriba, no guiñeis; gobermá la ueste cuarta al sueste; cargá sobre el pinzote, que no quebrára el grajao; botá delo. Luégo lo ha con los otros marineros, y dice: guindá [1] el joanete; amainá el borriquete; izá el trinquete; no le amureis al botaló; enmará un poco la cebadera; levá el papahigo; empalomadle la boneta; entren esas badasas aprisa por esos ollaos; desencapillá la mesana; agoladla á la verga con los peniceos; tomá las fustagas; untá la pasteca; ligá la tricia al guindaste; tirá de los escotines de gabia; suban dos á los penoles; ayuden á las tricias, que cor-

[1] *Guindá*, *ainá*, etc, están por *guindad*, *amainad*.

ran por los motones; sustentá con los amantillos; untá los vertellos, correrán las liebres; via de las trozas, abrazará el racamento al mástil; así de la relinga de la vela mayor; dejad las cajetas; tomad aquel puño; hala la escota; dad vuelta al escaldrame; haced un pajaril á jilovento; atesá con la bolitia; ayudaos del verdago; levá el gratil por aquel medio; alzá aquel briol; haced un palanquin; tirá aquella braza; dad vuelta; amarrá aquellas burdas; dejad las chafaldetas; tesá los estayes; meté aquel cazonete que se sale aquella veta; tocad la bomba; meté bien el zuncho; juegue el guimbalete para que la bomba achique; escombrá esa dala; zafá los embornales. Y cuando el piloto provee estas cosas, es de ver la diligencia y presteza de los marineros en la ejecucion de ellas; porque en el instante veréis unos en los baos de la gabia; otros subiendo por los afechates asiéndose á los obenques; otros caballeros en las entenas; otros abrazados con el calcés; otros con los masteleos; otros pegados con la carlinga asidos á los tamboretes; otros asidos de las escotas halando y cazando; y otros trepando y cajándose de una á otra parte por las otras jarcias; unos altos y otros bajos, que parecen gatos pauses por los árboles, ó espíritus de los que cayeron del cielo y se quedaron en el aire.

Pues al tiempo de guindar las velas es cosa de oir zalomar á los marineros que trabajan, y las izan cantando y á compas del canto, como las zumbas cuando pelean; y comienza á cantar el mayoral de ellos, que por la mayor parte suelen éstos ser levantiscos, y dice: bu iza—o dio—ayuta noi—o que somo—servi soy—o voleamo—ben servir—o la fede—mantenir—o la

fede—de cristiano—o malmeta—lo pagano—sconfondí —y sarrahin—torchi y mori gran mastin—o fillioli—dabrahin—o non credono—que ben sia—o non credono—la fe santa—en la santa fe di Roma—o di Roma —está el perdon—o San Pedro—gran varon—o San Pablo—son compañon—o que ruegue—á Dio por nos—o por nosotros—navegantes—en este mundo—somos tantes—o ponente—digo levante—o levante—se leva el sol—o ponente—resplandor—fantineta—viva lli amor—o jóvel home—gauditor. A cada versillo de éstos que dice el mayoral, responden todos los otros o o, y tiran de las fustagas para que suba la vela.

Estaba embelesado mirando esta ciudad y los ejercicios de la gente de ella, y maravillado de oir la lengua marina ó malina; la cual yo no entendia más que el bambaló de los bramenes. Y aunque la lengua es malina y vuestra merced malino, no sé si habrá entendido todos los términos y vocablos que he referido; si algunos se le fueren de vuelo, búsquelos en el vocabulario del Antonio, y de los que allí no halláre pida interpretacion á los marineros de la villa de Illescas, donde se ejercita mucho esta lengua; y no me la pida á mí, que en aprender las voces, acentos y vocablos de este confuso lenguaje sin entender las significaciones, pienso que he hecho más que diez tordos ni veinte papagayos. Harto es que haya yo aprovechado tanto en esta lengua en cuarenta dias, como el estudiante de Lueches en cuatro años que estudió la lengua latina en la universidad de Alcalá de Henares, que yendo á iniciarse ú ordenarse de prima tonsura le preguntó el arzobispo de Toledo : «¿qué quiere decir *Dominus vobiscum?*» y

él respondió construyendo la oracion : «*do*, yo doy; *minus*, ménos; *vobiscum* á los bobos.» Así hago yo (dijo el Arzobispo), idos á estudiar, que cuando hayais bien acabado de aprender la gramática que ignorais, se os iniciará la corona que pedis.» Y con esto le despidió sin darle tijerada en la cabeza. Y no es de maravillar que yo sepa algo en esta lengua, porque me he procurado ejercitar mucho en ella, tanto que en todo lo que hablo se me va allá la mia. Y así para pedir la taza muchas veces digo : *larga la escota*. Cuando pido alguna caja de conserva digo : *saca la cebadera*. Si pido una servilleta digo : *daca el pañol*. Si llego al fogon digo : *bien hierven los ollaos*. Si quiero comer ó cenar en forma digo : *pon la mesana*. Cuando algun marinero trastorna mucho el jarro le digo : *¡oh! cómo achicais*. Cuando otro tira un cuesco (que pasa muchas veces), digo : *ah de popa*. Así que ya no es en mi mano dejar de hablar esta lengua.

Estúveme mirando al gobernador cómo proveia y á los marineros cómo ejecutaban, hasta que viendo el sol ya empinado, vi salir dos de los dichos pajes debajo de cubierta con cierto envoltorio que ellos dijeron ser manteles, y tendiéronlos en el combés del navío, tan limpios y blancos y bien damascados, que parecian pieza de fustan pardo deslavado. Luégo hincharon la mesa de unos montoncicos de bizcocho deshecho, tan blanco y limpio que los manteles con ellos parecian tierra de pan llevar llena de montoncicos de estiércol. Tras esto pusieron tres ó cuatro platos grandes de palo en la mesa, llenos de caña de vaca sin tutanos, vestidos de algunos nervios mal cocidos; que estos platos llaman

saleres, y por eso no ponen salero. Y estando la mesa así bastecida, dijo el un paje en voz alta: «tabla, tabla, señor capitan y maestre y buena compaña, tabla puesta; vianda presta; agua usada para el señor capitan y maestre y buena compaña. ¡Viva, viva el Rey de Castilla por mar y por tierra! quien le diere guerra que le corten la cabeza; quien no dijere amén que no le den á beber. Tabla en buen hora, quien no viniere que no coma.» En un santiamen salen diciendo amén toda la gente marina, y se sientan en el suelo á la mesa, dando la cabecera al contramaestre, el lado derecho al conde-estable. Uno echa las piernas atras, otro los piés adelante; cuál se sienta en cuclillas, y cuál recostado y de otras muchas maneras. Y sin esperar bendicion, sacan los caballeros de la tabla redonda sus cuchillos ó gañavetes de diversas hechuras, que algunos se hicieron para matar puercos, otros para desollar borregos, otros para cortar bolsas; y cogen entre manos los pobres huesos, y así los van desforneciendo de sus nervios y cuerdas, como si toda su vida hubiesen andado á la prática de la anatomía en Guadalupe ó en Valencia; y en un credo los dejan más tersos y limpios que el marfil. Los viérnes y vigilias comen sus habas guisadas con agua y sal. Las fiestas recias comen su abadejo. Anda un paje con la galleta del brebaje en la mano, y con su taza dándoles de beber harto ménos y peor vino, y más baptizado que ellos querrian. Y así comiendo el ante por pos, y el pos por ante, y el medio por todos, concluyen su comida sin quedar conclusa su hambre.

A este mismo tiempo comen en mesa aparte el ca-

pitan, maestre, piloto y escribano de la nao; y á la misma hora todos los pasajeros, y comimos yo y mi familia. Porque en esta ciudad es menester que guiseis y comais á la misma hora de vuestros vecinos; porque si no, no hallaréis lumbre ni rayo de amor en el fogon. Por manera que yo que tengo fastidio, he de comer y cenar á la hora del que tiene hambre canina, ó comer frio y puesto del lodo, y cenar á escuras. Es de ver á esta sazon el fogon, que algunos llaman la isleta de las ollas, qué de garabatos de curtidores andan en él; ver tantas comidas diversas á un tiempo, tantas mesas y tantos comedores.—Uno dice: «oh quién tuviera un racimo de uvas albillas de Guadalajara.» Otro: «oh quién hallára aquí un plato de guindas de Illescas.» Otro: «comiera yo ahora unos nabos de Somo Sierra.» Otro: «yo, una escarola y una penca de cardo de Medina del Campo.» Y así todos están regoldando deseos y descaliños de cosas inalcanzables del puesto donde ellos se hallan. Pues pedí de beber en medio de la mar, moriréis de sed, que os darán el agua por onzas como en la botica, despues de harto de cecinas y cosas saladas; que la señora mar no sufre, ni conserva carnes ni pescados que no vistan su sal. Y así todo lo más que se come es corrompido y hediondo, como el mabonto de los negros zapes. Y áun con el agua es menester perder los sentidos del gusto y olfato y vista para beberla y no sentirla. De esta manera se come y se bebe en esta agradable ciudad. ¿Pues si en el comer y beber hay este regalo, en lo demas cuál será? Hombres, mujeres, mozos y viejos, sucios y limpios, todos van hechos una mololoa y mazamorra, pegados unos con

otros; y así junto á unos uno regüelda, otro vomita, otro suelta los vientos, otro descarga las tripas, vos almorzais; y no se puede decir á ninguno que usa de mala crianza, porque las ordenanzas de esta ciudad lo permiten todo. Poneros-heis de piés en el suelo de esta ciudad, entrará un golpe de mar á visitarlos, y besároslos-ha de manera que os deje los zapatos ó botas blancas más que nieve de su saliva espumosa, y quemadas con la fortaleza de su sal. Quereis-os pasear por hacer algun ejercicio, es necesario que dos grumetes os lleven de brazo, como novia de aldea; si no, daréis con vos y con vuestra cabeza bien léjos de las almohadas de vuestro lecho. Pues si quereis proveeros, provéalo Vargas; es menester colgaros á la mar como castillo de grumete; y hacer cedebones al sol y á sus doce sinos, á la luna y á los demas planetas, y emplazarlos á todos, y asiros bien á las crines del caballo de palo, so pena que, si soltais, os derribará de manera que no cabalgueis más en él; y es tal el asiento que aynda muitas vegadas chega a merda á o ollo dè o cu, y de miedo de caer en la mar se retira y vuelve adentro como cabeza de tortuga, de manera que es menester sacarla arrastrando á poder de calas y ayudas.

La música que se oye es de los vientos que vienen gimiendo, y del mar y sus olas que llegan al navío bramando.

Si hay mujeres (que no se hace pueblo sin ellas), ¡oh qué gritos con cada vaiven del navío! ¡ay madre mia! y, échenme en tierra; y están mil leguas de ella. Si llueve y vienen aguaceros, buenos tejados y portales hay, donde se ampare la gente del agua; y si hace sol que

derrite los masteles, buenos aposentos y palacios frescos para resistirle; buena aloja y obleas para refrescarse. Pues si os toma una calma en medio del mar, cuando el matalotaje se os acaba, cuando no hay agua que beber, aquí es el consuelo; el navío arfando noche y dia, vuélvese-os á revolver el estómago que estaba quieto, á subir á la cabeza los humos que estaban asentados, y veis-os á Dios misericordia, hasta que, ella mediante, vuelve á soplar el viento. A tiempos van las velas encampanadas y hinchadas, que es contento verlas; y á tiempos toman por avante y azotan aquellos masteles, y más á nosotros; porque anda el navío casi nada. Pues si el piloto es poco cursado en la carrera, que no sabe cuándo se ha de dar resguardo á la tierra, y enmararse para huir las bajas, las restringas y otros peligros, pensaréis que vais por mar alta, y en un tris os hallaréis en seco, y luégo mojados, y luégo os hallarán ahogados. Pues si el navío es un poco zorrero como el que nos llevaba, que aunque tenía viento á fil de roda, apénas se meneaba; ¡oh qué largo es el viaje! los compañeros cada hora se ponian á la corda pairando, y áun era menester llevarle á jorro, que no bastaba llevarle remolcando; cuando habia bonanza para ello, iba penejando, que cada dia nos almadiábamos de nuevo en habiendo un poquito de tiempo.

De dia todo es negrura y de noche tinieblas en esta ciudad, aunque á prima noche despues de la cena, á la cual llama el pregon como á la comida, se acuerda el pueblo de Dios por la voz del paje que trae la lumbre á la bitácora diciendo : «amén, y Dios nos dé buenas noches; buen viaje, buen pasaje haga la nao,

señor capitan y maestre y buena compaña.» Despues salen dos pajes y dicen la doctrina cristiana y las oraciones, Pater Noster, Ave María, Credo, Salve Regina. Luégo éntranse los pajes á velar la ampolleta, y dicen : «bendita la hora en que Dios nació, Santa María que le parió, San Juan que le bautizó. La guarda es tomada; la ampolleta muele; buen viaje harémos, si Dios quisiere.» Cuando acaba de pasar el arena del ampolleta, dice el paje que vela : «buena es la que va, mejor es la que viene; una es pasada y en dos muele; más molerá, si Dios quisiere; cuenta y pasa que buen viaje faza; ah de proa, alerta, buena guardia.» Y los de proa responden con un grito ó gruñido, dando á entender que no duermen. Y á cada ampolleta que pasa que dura media hora, hacen otro tanto hasta la mañana. Allá á la media noche el paje llama á los que han de venir á velar el cuarto que comienza de allí á la mañana, y dice : «al cuarto, al cuarto, señores marineros de buena parte; al cuarto, al cuarto en buen hora de la guardia del señor piloto, que ya es hora; leva, leva, leva.» Hasta esta hora todos velamos, empero de ahí adelante los párpados no se pueden tener; abrázanse las pestañas, y cada uno se aplica á la parte que tiene señalada para su recogimiento. Yo me metí en mi tabuco con mi gente, y nuestro dormir era dormitar al són del agua que rompia el navío. Todos íbamos meciéndonos como en hamacas, que el que entra en navío, aunque sea de cien años, le han de mecer en cuna; y á ratos de tal manera que rueda la cuna, y cunas y arcas sobre él.

De esta manera navegamos solos sin otra compañía seis dias. Porque otras ocho naos que salieron con

nosotros del puerto de Santa Cruz de la isla de Tenerife, en cuerpo de flota, dejaron de cumplir los mandatos del señor juez de la Contratacion de Indias, que allí nos despachó, y soltóse cada uno por donde le pareció la primera noche que navegamos. Así que viéndose el hombre en un navío solo, sin ver tierra, sino cielo no sereno y agua, camina por aquellos reinos ceruleos, verdi-negros, de suelo oscuro y espantoso, sin ver si se menea de un lugar ni conocer la stela de un navío, viéndose al parecer siempre rodeado de un mismo horizonte, viendo á la noche lo mismo que vió á la mañana, y hoy lo mismo que ayer, sin ver otra cosa alguna diversa. ¿Qué gusto? ¿qué alivio puede tener en el viaje? ¿ni qué hora le puede dejar el enfado de tal camino y posada?

El caminar por tierra en buena cabalgadura y con buena bolsa es contento; vais un rato por un llano, subis luégo un monte, bajais de allí á un valle, pasais un fresco rio, atravesais una dehesa llena de diversos ganados, alzais los ojos, veis volar diversas aves por el aire, encontrais diversas gentes por el camino, á quien preguntais nuevas de diversas partes; alcanzais dos frailes franciscos con sus bordones en la mano y sus faldas en las cintas, caminando en el asnillo del seráfico, que os saludan con un Deo gracias; ofrecérse-os ha luégo un padre jerónimo en buena mula andadora con estribos de palo en los piés, y otros mejores en las alforjas de bota de buen vino y pedazo de jamon fino. No os faltará un agradable encuentro de una fresca labradorcita, que va á la villa oliendo á poleo y tomillo salsero, á quien digais: «¿amores, quereis compañía?» Ni

áun dejais de encontrar una puta rebozada con su zapatico corriendo sangre, sentada en un mulo de recuero, y su rufian á talon tras ella. Ofrécese-os un villano que os vende una hermosa liebre, que trae muerta con toda su sangre dentro para la lebrada, y un cazador de quien comprais un par de buenas perdices. Descubris el pueblo donde vais á comer ó á hacer jornada, y aliviáse-os con su vista el cansancio. Si hoy llegais á una aldea donde hallaréis mal de comer, mañana os veréis en una ciudad que tiene copiosísima y regalada plaza. Si un dia comeis en una venta, donde el ventero cariacuchillado, experto en la seguida y ejercitado en lo de rapapelo, y ahora cuadrillero de la Santa Hermandad, os vende gato por liebre, el macho por carnero, la cecina de rocin por de vaca, y el vinagre aguado por vino puro; á la noche cenais en casa de otro huésped, donde os dan el pan por pan y el vino por vino. Si hoy haceis noche en casa de huéspeda vieja, sucia, rijosa y desgraciada y mezquina, mañana se os ofrece mejorada suerte, y caeis con huéspeda moza, limpia y regocijada, graciosa, liberal, de buen parecer y mucha piedad; con que olvidais hoy el mal hospedaje de ayer. Mas en la mar no hay esperar que el camino, ni la posada, ni el huésped se mejore; ántes cada dia es todo peor, y más enfadoso con el aumento de trabajos de la navegacion y falta de matalotaje que va descreciendo, y siempre más enfadando.

Yendo pues así solos llegó el primer sábado, en que á la hora de la oracion se hizo una solemne fiesta en nuestra ciudad de una salve y letanía cantada á muchas voces; y ántes que se comenzase el oficio, estando

puesto un altar con imágenes y velas encendidas, el maestre en voz alta dijo: «¿somos aquí todos?» y respondió la gente marina: «Dios sea con nosotros.» Replica el maestre: «salve digamos, que buen viaje hagamos; salve dirémos, que buen viaje harémos.» Luégo se comienza la salve, y todos somos cantores; todos hacemos de garganta. No fuimos en nuestro canto por terceras, quintas ni octavas, sino cantando á un tiempo todos ocho tonos y más otros medios tonos y cuartas. Porque como los marineros son amigos de divisiones, y dividieron los cuatro vientos en treinta y dos, así los ocho tonos de la música los tienen repartidos en otros treinta y dos tonos diversos, perversos, resonantes y muy disonantes; de manera que haciamos este dia en el canto de la salve y letanía una tormenta de huracanes de música, que si Dios y su gloriosa Madre, y los Santos á quien rogamos, miráran á nuestros tonos y voces, y no á nuestros corazones y espíritus, no nos conviniera pedir misericordia con tanto desconcierto de alaridos. Acabada la salve y letanía dijo el maestre, que es allí el preste: «digamos todos un credo á honra y honor de los bienaventurados apóstoles, que rueguen á Nuestro Señor Jesucristo nos dé buen viaje.» Luégo dicen el credo todos los que le creen. Luégo dice un paje que es allí monacillo: «digamos una Ave María por el navío y compañía»; responden otros pajes: «sea bien venida», y luégo rezamos todos el Ave María. Despues dicen los muchachos levantándose: «amén; y Dios nos dé buenas noches», etc. Y con esto se acaba la celebracion de este dia, que es la ordinaria de cada sábado.

Otro dia domingo por la mañana descobrimos y co-

nocimos nuestra almiranta, la cual asimismo conoció nuestra nao que era su capitana; y con mucho contento nos juntamos y venimos más de quince dias en compañía; al cabo de los cuales, una mañana subió el marinero á la gabia á descubrir la mar y dijo: «una vela», con que nos alteró mucho, porque aunque sea un barquillo por la mar le temen los que no van de armada, sospechando que son cosarios. Luégo dijo el marinero: «dos velas»; con que dobló nuestro miedo. Luégo dijo: «tres velas»; con que hizo soltar más de tres tiros de olor, teniendo por cierto que eran de ladrones. Yo, que llevaba allí todo mi resto de mujer é hijos, considere vuestra merced qué sentiria. Comienzo á dar prisa al conde-estable que aprestase la artillería; no parecian las cámaras de los versos y pasamuros; aprestóse la artillería; hízose muestra de armas; comienzan las mujeres á levantar alaridos: «¿Quién nos metió aquí, amargas de nosotras? ¿Quién nos engañó para entrar en este mar?» Los que llevaban dinero ó joyas acudian á esconderlos por las cuadernas y ligazon y escondrijos del navío. Repartímonos todos con nuestras armas en los puestos más convenientes, que no tenía jareta la nao, y las mismas prevenciones habian hecho en la almiranta, con ánimo todos de defendernos; porque los tres navíos se venian acercando á nosotros, que parece traian nuestra derrota. Uno de los cuales era bien grande, aunque á los marineros se hizo tanto mayor que unos decian: «éste es el galeon de Florencia»; otros: «ántes parece el Bucintoro de Venecia»; otros: «no es sino la Miñona de Inglaterra»; y otros decian: «parece el Cagafogo de Portugal.» Mas acercándose más ellos, que aunque eran tres

no venian ménos temerosos, nos conocieron, y luégo nosotros conocimos las velas que eran de amigos; porque eran navíos de los de nuestra flota. El placer presente igualó al pesar pasado, sino que allí el mar nos dió á beber otro de sus tragos. Porque arribando el navío grande sobre nosotros por saludarnos de cerca, se descuidaron los que gobernaban de manera que por poco nos quitáran la salud y las vidas. Porque nos embistió con el espolon por la popa, y hizo en nuestra ciudad una batería, por la cual comenzó á meterse la muchedumbre del mar de tal manera que si la gente no acudiera á la resistencia, fuera nuestra ciudad tomada de las aguas ántes de una hora. Mas quiso Dios que se remedió con no poca alteracion de doña Catalina, que estaba alojada en aquel cuartel. Y acabadas las alteraciones de las lenguas, aunque no las de los corazones, se lavó todo el temor con agua salada, porque no oliese mal, y nos saludamos todos con mucha alegría y contento; y los tres navíos volvieron á prometer la conserva de la capitana y almiranta. Arbolamos luégo bandera de capitana en el masteleo de la gabia mayor, y pusimos arco en la popa, y haciamos nuestro farol de noche; llegábannos las naos á saludar por sotavento, é iba todo el negocio de ahí adelante con mucho órden. Y el estilo de saludarse á las mañanas unos navíos á otros, es á voz en grito, al són del chiflo diciendo: «buen viaje»; á tan buen tono que es para perder la salud, y aquel buen viaje que se dan, que oirle un dia basta para hacer malo el viaje de un año.

Así navegamos con viento galerno otros cuatro dias, hasta que ya el piloto y gente marina comenzó á oler

y barruntar la tierra como los asnos al verde. A estos tiempos es de ver al piloto tomar la estrella, verle tomar la ballestilla, poner la sonaja y asestar al Norte, y al cabo dar 3,000 ó 4,000 leguas de él; verle despues tomar al mediodía el astrolabio en la mano, alzar los ojos al sol, procurar que éntre por las puertas de su astrolabio, y cómo no lo puede acabar con él; y verle mirar luégo su regimiento; y en fin, echar su bajo juicio á monton sobre la altura del sol. Y cómo á las veces le sube tanto, que se sube mil grados sobre él. Y otras veces cae tan rastrero, que no llega allá con mil años; y sobre todo me fatigaba ver aquel secreto que quieren tener con los pasajeros del grado ó punto que toman; y de las leguas que les parece que el navío ha singlado; aunque despues que entendí la causa, que es porque ven que nunca dan en el blanco ni lo entienden, tuve paciencia viendo que tienen razon de no manifestar los aviesos de su desatinada puntería; porque toman la altura á un poco más ó ménos; y espacio de una cabeza de alfiler en su instrumento os hará dar más de quinientas leguas de yerro en el juicio. Tómame este tino. ¡Oh cómo muestra Dios su omnipotencia en haber puesto esta subtil y tan importante arte del marear en juicios tan botos y manos tan groseras como las de estos pilotos! Qué es verlos preguntar unos á otros: «¿cuántos grados ha tomado vuestra merced?» Uno dice: «dieziseis.» Otro: «veinte escasos.» Y otro: «trece y medio.» Luégo se preguntan: «¿cómo se halla vuestra merced con la tierra?» Uno dice: «yo me hallo cuarenta leguas de tierra.» Otro: «yo ciento cincuenta.» Otro dice: «yo me hallé esta mañana noventa y dos leguas»;

y sean tres ó sean trescientas, ninguno ha de conformar con el otro ni con la verdad.

Oyendo estos vanos y varios juicios de los pilotos y maestres y de algunos marineros que presumen de bachilleres en el arte, venimos hasta que á los veinteiseis dias de nuestra navegacion fué Dios servido que vimos tierra. ¡Oh cuánto mejor parece la tierra desde el mar que el mar desde la tierra! Vimos á la Deseada, y qué deseada, á la Antigua, y desembocamos por entre las dos, dejando á la Deseada á la parte del Leste; pasó nuestro deseo adelante, y apareciósenos á barlovento Santa Cruz. Fuimos casi á luengo de tierra de ella; luégo alcanzamos á San Juan de Puerto Rico, perlongamos su costa é hicimos resguardo en Cabo Bermejo, porque se suelen esconder allí ladrones. Fuimos de allí á reconocer á la Mona y los Monitos, aunque de mucho atras los traiamos reconoscidos y reconoscímoslos. Pasamos en demanda de la isla de Santa Catalina, y hallámosla, y descobrimos la Saona, y tierra del bendito santo que nos dió gozo tanto, tanto, tanto. Todo esto no se hizo sin muy copiosos aguaceros que nos mojaban y remojaban. Mas todo lo teniamos por tortas y pan pintado, no viendo los huracanes que temiamos.

Con el gozo de verse con la tierra que demandábamos, se descuidó un poco el señor piloto teniente del viento y subdelegado, el que traia la rienda del dicho caballo de madera, y comenzó á descaer el navío del puerto, hasta que dando bordos se volvió á poner en la carrera. Lo cual fué causa que no podimos entrar aquel dia por la boca del rio de Santo Domingo por ser ya noche. Y así convino entrar con la sonda en la mano á ponernos

en lugar seguro; porque fuera necedad haber nadado y nadado, y ahogar á la orilla. Echáronse dos áncoras y buenas amarras, con que el navío quedó (Dios mediante) seguro. Y quedámonos aquella noche en el agua, sin que yo consintiese saltar á nadie en tierra, porque no se supiese que yo estaba allí; que cierto fué la más larga y trabajosa noche del viaje todo. Porque el navío estuvo siempre arfando, y nuestros estómagos como el primer dia que nos embarcamos. Y acerca de los trabajos y peligros del mar no tengo más que decir, sino que todo lo dicho pasa cuando se lleva viento en popa y mar bonanza; considere vuestra merced qué será cuando hay borrascas de mar ó cosarios, y más si vienen fortunas ó tormentas. En resolucion la tierra para los hombres, y el mar para los peces.

Otro dia al amanecer viera vuestra merced en nuestra ciudad abrir cajas á mucha prisa, sacar camisas limpias y vestidos nuevos, ponerse toda la gente tan galana y lucida, en especial algunas de las damas de nuestro pueblo que salieron debajo de cubierta, digo debajo de cubierta de blanco soliman, y resplandor y finísimo color de cochinilla, y tan bien tocadas, rizadas, engrifadas y repulgadas que parecian nietas de las que eran en alta mar.

Salió el maestre á tierra y un criado mio con quien envié un recaudo al señor Presidente. Y luégo comenzaron á acudir barcos á nuestro navío, y porque no habia tiempo para entrar la nao sino atoando, yo y mi familia nos metimos en un barco que nos trajeron aderezado. Y salimos á la deseada tierra y ciudad de Santo Domingo, donde fuimos bien recibidos, y habiendo

descansado dos ó tres dias se me dió la posesion de mi silla, donde quedo sentado para hasta que Dios quiera, y sin deseo de surcar más el mar, y con deseo de saber que vuestra merced está en el puesto que merece. Doña Catalina y sus hijos besan á vuestra merced las manos, y nuestro Señor, etc.

CARTA

ESCRITA AL MUY ILUSTRE SEÑOR DON JUAN HURTADO DE MENDOZA [1], SEÑOR DE LA VILLA DE FRESNO DE TOROTE, EN QUE SE TRATA DE LOS CATA-RIBERAS.

Por una suya me envia vuestra merced á mandar le escriba el estado de mis negocios, y muy por extenso en qué entiendo y cómo me va en esta córte; y porque (como vuestra merced sabe) soy siempre obediente á sus mandatos, haré en ésta lo que me manda, y áun más de lo que me envia á mandar. Porque no solamente daré cuenta de mi vida, empero tambien de la de mis amigos, que acá son muchos; porque en los

[1] Fué natural de esta córte y muy amigo del autor. Escribió: ***Buen placer trobado en trece discantes de cuarta rima castellana,*** Alcalá, por Joan de Brocar, 1550, 8.º, y otro libro de poesía, intitulado ***El Tragitriumpho***, que tambien se imprimió en Alcalá. Pero es preciso no confundirle, como hizo el señor Gallardo, con otro don Juan Hurtado de Mendoza, granadino, que veinte y siete años despues dió á luz ***El cavallero cristiano, en metro,*** Antequera, por Andrés Lobato, 1577, 8.º

lugares de los trabajos y infortunios se suelen de ordinario ligar amistades entre aquellos que los padecen.

Yo salí de mi casa cinco meses há para venir á esta córte, que acorta á los largos de moneda, y áun alarga mal de su grado á los cortos de ánimo para gastarla; y llegué á ella con tanto deseo de ser proveido, cuanto arrepentimiento tengo ahora de haber venido por provision. Pues (aunque tarde) ya conozco y veo que vine por lana y volveré tresquilado, pues son tantos los que pretenden ser proveidos, que si Dios no hiciese en los oficios un milagro semejante al de los cinco panes y dos peces, sería imposible caber bocado á la centésima parte de las bocas que acá están abiertas. Mas, pues yo me vine á meter de mi voluntad debajo de esta bandera, no me quejaré de algunos amigos que allá me representaron los trabajos y miserias que en su seguimiento se me aparejaban, que son tantas, que en tanto mal y tristeza no puede haber otro gozo sino que es de muchos.

Y para que vuestra merced bien entienda esta nuestra triste, costosa y larga navegacion por esta carta de marear, ha de presuponer que en esta galera de pretension de oficios temporales (digo de corregimientos) bogamos tres géneros de gentes: letrados que en esto no lo somos; soldados que, como quien por huir de los trabajos y desasosiego del mundo se casa, huyendo de la menor guerra, que es la de las armas, se vienen á meter en ésta, que es muy más incomportable. Y otros caballeros de espada y capa que con gana de comer y ambicion de mandar, vienen á buscar oficios que les den mando sobre una ciudad y su tierra, porque sus

patrimonios y rentas no bastan para se le dar sobre un lacayo y un paje. Todos estos tres géneros de gentes se comprenden debajo de este famoso nombre *Cata-ribera*, porque si el letrado cata la ribera, el soldado la corre, y el caballero la vuela. Y lo que todos padecemos, el nombre de Cata-ribera lo dice, consideradas las partes de que se compone, que son: cata, rija, vera, que quiere decir: «busca riña verdadera.» Y aunque estos tres géneros de gentes somos diversos en profesion, como somos unos en pretension, parecemos amigos. Bien es verdad que á tiempos cuando encuban á algun delincuente, podrian meter en la cuba tres ó cuatro de nosotros por animales contrarios. Porque lo que lleva el perro, piensa el jimio que á él se le quita; y lo que ase el gallo, parece á la culebra que ella lo pierde. Y así, si la discrecion no tuviese enfrenadas las lenguas y cubiertos los corazones, de fuerza nos habriamos de morder con los dientes y áun despedazar con las uñas.

El tiempo solamente acá le expendemos en madrugar á llevar á nuestro Presidente al Consejo y volverle á su posada, y tener cuidado si quiere salir á alguna parte para aguardarle. Porque si alguna vez saliese sin que alguno de nosotros le aguardase, por el mismo caso terná por cierto que ha perdido el corregimiento que espera. Holgaria vuestra merced de ver á las mañanas el escuadron tan lucido que hacemos: tanta camisa sucia, tanta ropa raida, tanto sayo grasiento, tanta gorra coronada, tanta almilla de grana, tanto pantufo viejo, tanto guante añejo; ojos que no los limpiáran todos los tafetanes que se tejen en Toledo y Granada; cabellos con más pelusa que se hace en los telares de lienzo

de Portugal; barbas que no las deshetráran todos los peines de los cardadores de Segovia y los Cameros. De esta manera vamos tan metidos en ordenanza que no tenemos necesidad de sargentos que nos ordenen; más habriamos menester oficios que nos sustenten. Entrado el Presidente en Consejo nos derramamos como lavazas ó agua de fregar por aquel patio, y hacemos corrillos como la gente del vulgo en dia de eclipsi á tratar de las provisiones, cuántos corregimientos hay que proveer, cuándo saldrán, qué hay de nuevo acerca de esto. Uno dice: «ayer me afirmaron en casa del Presidente que tiene en su cámara veinte provisiones de oficios para henchir.» Otro dice: «pues yo tengo un amigo en casa del secretario Eraso, que me mostró la minuta de las provisiones de oficios que están mandadas hacer, y no son sino siete, y esas muy ruines, porque entran en ellas los corregimientos (ó por mejor decir) los corrimientos de Madrigal, Ciudad Real y Tordesillas.» Otro dice: «pues pocas ó muchas, no pueden dejar de salir presto, que yo sé de buena parte que el Presidente consultó ayer con Su Majestad las provisiones de corregimientos.» Otro dice: «no se trató ayer de eso en la consulta, sino de otras cosas que importan más al Rey y al reino.» Y otro dice: «ayer me dijeron que dijo un letrado que le habia dicho un caballero que oyó decir al prior de San Juan que le dijo por cosa cierta uno del Consejo que el Presidente ha dicho que en toda la semana que entra se descargará de las provisiones de corregimientos.» Mire vuestra merced qué juez pesquisidor ni de residencia podria examinar todos los eslabones de esta cadena de testigos para venir á apurar

si el Presidente dijo tal. Y despues de averiguado que él lo dijo, si no lo cumpliere,

¿Quién será aquel caballero
En armas tan esforzado
Que demande la palabra
Á varon tan señalado?

Hay gente entre nosotros tan curiosa que pronosticando como los médicos en las enfermedades agudas del cuarto para el seteno, del onceno para el catorceno y del diecisiete para el veintiuno; de un viérnes de consulta para el domingo, y del domingo para otra consulta, y de una salida del Rey para la vuelta lo que será de las provisiones, cuándo se consultarán y cuándo saldrán, pasan la vida colgados de esta esperanza peor que los que cuelgan de la horca. Y si no fueran más ciertas las profecías de los profetas, trabajo tuviera el mundo. Hacémonos astrólogos de astrosos, y echamos juicios á monton fundados en fundamentos que Tolomeo ni Aliabenrregel [1] con toda su judiciaria, no darán en un blanco de éstos en que nosotros cada dia damos.

En esto pasamos hasta que quiere llegar el término de salir nuestro Presidente de Consejo, que media hora ántes, porque no se nos vaya nos salimos á la plaza que está delante del palacio donde se hace el Consejo. Y unos se ponen en ruines caballos, otros en viejos cuartagos y otros en mulas mohinas, algunas de color y las más de hambre. Si es invierno, allí nos azota el cierzo, como si fuésemos robles de la montaña. Si es estío,

[1] Célebre astrónomo árabe, natural de Córdoba, llamado Alí Ebn Ragél, de quien se conserva un poema sobre la astrología judiciaria en la biblioteca del Escorial.

allí nos derrite el sol como á cuartos de ajusticiados; y para sufrir esto cualquiera se precia de armarse de la paciencia de un Jó [1]. Juntámonos en aquella plaza aquí tres, acullá seis, acá cuatro, allí diez, como moruecos en siesta aguardando que nos salga el sol; cada uno los ojos fijos en la puerta, como los tiene el podenco en la boca de la madriguera donde se encerró el conejo. Y en asomando el Presidente partimos de nuestros puestos como cuadrillas mal concertadas de juego de cañas, y llegando cerca arrojamos nuestros cañazos dándole fierísimas bonetadas, y luégo volvemos las riendas unos á zurdas y otros no á derechas y llevámosle á su posada.

Esto es mucho de ver, que como nos hemos de apear para subirle á su aposento, cien pasos poco más ó ménos ántes de llegar á la posada nos vamos apercibiendo, echando la mano zurda al arzon, arremangando la ropa con la derecha, sacando el pié del estribo, y comenzando á echar la pierna sobre el anca de la mula; y al arrancar de la silla uno descubre la martingala, y otro la bragueta caida; cuál las bragas rotas, cuál el pañal colgando, y áun tal hay entre nosotros que muestra la lana sucia de los cojines.

Juntámonos allí tantos y remanece cada dia tanta gente nueva, así de espada y capa como de pantufo y saboyana, que parece nos criamos de las inmundicias y bascosidades de la casa del Presidente, como chinches, cucarachas, ratones y otras sabandijas semejantes. Al tiempo que entramos en la sala, desde la puerta de ella

[1] Entiéndase Job.

hasta la de la antecámara nos hacemos dos órdenes, pegados de lado unos con otros, que parecemos estacadas de presa de molino, para que pase el Presidente y nos vea. Y cuando somos muchos, es cosa de ver cómo nos encajamos y apretamos, y la pesadumbre que da un codo del vecino que salga delante del cuerpo del otro, pareciendo que aquel ha de ser nube para que los ojos del Presidente no le vean á él.

Entrado el Presidente arrimámonos por aquellas paredes hasta que todos los relojes del pueblo nos echan de allí con las más voces que pueden dar. Lo que en estos acompañamientos se pretende, es servir á su señoría las provisiones y mercedes que nos ha de hacer (si se sufre proveer á tanto necio), y que sus ojos de piedad nos vean, y vistos nos encomienden á su memoria para acordarse de nos poner en lo más profundo de su olvido. Y este ser visto del Presidente deseámoslo tanto que algunos (si nos fuese lícito) iriamos á le acompañar con corozas en las cabezas, porque pusiese en nos sus ojos como en personas más señaladas.

Hay pretendientes entre nosotros que desde la puerta del Consejo hasta la cámara del Presidente tenemos ojeados y considerados los puestos y lugares donde por fuerza han de topar sus ojos, para coger cada dia un puesto de aquellos donde podamos ser vistos, como los buenos capitanes, que reconocen y eligen los puestos y sitios convenientes para alojar sus campos, y hacer los efectos que para la victoria convengan. Unos se quedan en la calle á la puerta de la casa, porque el Presidente les acuda con el primer favor y bendicion de sus ojos. Y éstos no se apean, sino estánse en sus caballos y

mulas, como muchachos en talanqueras para ver encerrar el toro, porque su señoría vea que están ya aprestados y á caballo para ir á los oficios donde los quisiere enviar. Otros le reciben al pié de la escalera para le dar á entender cuán cerca están ya de ser ahorcados; y áun alguno hay en este lugar que finge que estropieza en un escalon y que va á dar de ojos, porque el Presidente le eche mejor de ver. Otros paran en la mesa de la escalera para le significar que no se pone mesa en sus casas. Otros le aguardan en los corredores para demostracion de su corrimiento y desventura; y otros se ponen á la entrada de la sala, considerando que allí, como el Presidente llega al estrecho, no puede dejar de mirar á una parte y á otra para ver si son servidores ó enemigos. Y nunca falta un par de ellos que se fingen como bestiones, cada uno á una parte de la puerta de la antecámara, para que al entrar los ojos del Presidente los topen. Veria vuestra merced cuando alguno de los que están en las estacadas que he dicho teme que el Presidente ha de pasar sin verle, que (como el que en la esgrima mete el pié derecho y alarga el brazo de la espada, y abalanza el cuerpo para alcanzar un toque franco al contrario), así hurta una pierna y un brazo y medio cuerpo con toda la cabeza, y pásalo del límite de la estacada cuando el Presidente llega, y mételo en la calle por donde él viene, y hácele una muy notable y humildísima reverencia, y dale una vistosa y reverendísima bonetada porque le vea. Y áun alguno hay tan cuidoso y considerado en esto, que el dia que ve mucho acompañamiento, y le parece que no ha de poder coger alguno de los puestos dichos, se queda un poco atras del Presi-

dente, y ya que él y toda la gente van delante, aprieta la mula perneando como pulpo, y alcánzale, y pasa por junto á su lado la gorra en la mano y los ojos enclavados en la ilustrísima persona, que parece torcecuello ó que lleva alguna landre en el pescuezo que no le deja volver la cabeza para mirar adelante, hasta ver que el Presidente le ha mirado; que luégo se le desenvara el cuello y se le destuerce, y va consolado su corazon. Alguno muy contento de que el Presidente le haya visto, no lo pudiendo disimular, vuelve al compañero y dícele: «¿no vió vuestra merced como me miró el Presidente? en verdad que volvió á mí la cabeza dos veces, que me pareció que me quiso hablar.» Y veria vuestra merced al que piensa que el Presidente no le ha visto, tan triste, tan desconsolado aquel dia, que ni toma gusto en lo que come, ni le sabe bien lo que bebe; porque tiene por cierto que las provisiones se han de henchir aquella noche, y que como el Presidente no le vió aquel dia, no se ha de acordar de él.

A las tardes vamos á la casa del Presidente, contemplamos la puerta de la calle, miramos al zaguan, vemos el patio, subimos por la escalera, pasamos por los corredores, entramos en la sala, preguntamos qué hace el señor Presidente; porque todo esto nos alivia la pena de este purgatorio, como la aliviará en el infierno al rico avariento el meñique mojado de Lázaro. Andamos por allí un poco, llegamos á la puerta de la cámara del secretario al olor de las provisiones sin hablar palabra, y volvémonos á salir como cuando el perro hambriento entra en el aposento donde hay carne metida en alguna arca, que heridas sus narices del olor de ella, huele las

sillas, los bancos y los cofres que hay en el aposento, con deseo de topar con la carne, y al cabo como no la descubre se sale fuera.

Los que son más continentes entran de mes á mes á suplicar al Presidente se acuerde de ellos, y á ver si descubren alguna tierra sobre sus pretensiones y esperanzas, como los que entraban á consultar el oráculo para saber sus futuros sucesos. Otros que tienen la sangre más encendida y la moneda más atenuada, entran de quince en quince dias y de veinte en veinte; y algunos hay tan rendidos á su pasion y tan apretados de su necesidad (digo de su necedad), que si el portero les permite entrar tres veces en la semana, no entran dos solas á representar á su señoría sus duelos y letras, y darle con sus buenas razones á entender la poca culpa que tiene en no proveerlos.

Veo á los recien venidos de oficios que se señalan y conocen entre los que há dias que bogamos en esta galera, como cotrales de Guadiana entre las vaquillas de Astúrias; ellos tan gordos y panzudos, que parecen cebones de presente; y dentro de pocos dias que vuelven á moler en esta tahona, las carnes se les desminuyen, las quijadas se les señalan, y el color se les muere tanto que en poco tiempo no se distinguen ni echan de ver entre los que acá estábamos, porque todos andamos más amarillos que cagajones.

Acaece muchas veces que despues de haber un letrado residido cinco ó seis meses en la córte con grandes esperanzas, gastada la bolsa, rematadas las prendas y comidos los cuatro cuartos de la mula, que no le quedaba de ella sino la cabeza y el rabo para comer un

sábado; al tiempo que tenía por cierto salir proveido en un buen corregimiento, con que se pudiesen enmendar todos sus aviesos, le sale, como catarata en el ojo, un salud-é-gracia de una comision de cuarenta dias allá para la isla de los Lagartos, ó para algun lugar de los que están debajo de la tórrida zona; y acierta á salir de manera que si es invierno os le encaminan al abrigo y templanza de Astúrias, y si estío le encomiendan á la frescura y sombras de Extremadura; y sale el negocio y el necio á tiempo que aunque se hallase la bolsa de Juan de Vota Dios [1], no le podria dar dinero para henchir los hoyos que en córte tiene hechos. Y no hay otro remedio sino demandar misericordiosa la espera á los acreedores hasta la vuelta, que vendrá rico y cargado de oro en polvo de la India de Chile. Alguno de éstos dice: «el Presidente me quiere sustentar como á los pollos de Marta [2].» Otro dice: «su señoría me ha querido ocupar en esta comision, porque no vea hacer en otros las buenas provisiones, como suelen engañar al niño con algun juguete porque no eche de ver que sale fuera de casa el ama que le cria. Pues repudiar este legado no conviene, porque no nos digan que si menospreciamos lo ménos, nos menospreciará lo más.» Y así el pobre letrado arroja el pecho al agua, y parte á su comision cargado de duelos y rodeado de alforjas.

Otro gusto, otro alivio y otro consuelo para el triste cata-ribera, despues que las provisiones han estado represadas seis ó siete meses en la cámara del Presidente,

[1] Así en el códice, pero habrá de entenderse: «Voto á Dios.»

[2] Alude al conocido refran: *Allá se lo haya Marta con sus pollos*, ó bien á este otro: *Los pollos de Marta danles pan, y piden agua.*

ver salir una sola, y de ahí á otro mes otra sola, como dolores de parto espacioso, ó traque del que está con pasion de cólica. Y cuando ya las tinieblas de la consulta se aclaran, y la presa de las provisiones se suelta, y se mandan publicar, aquí es el clamor y el sonido de los dientes de los que salen condenados. Uno que quiere ser corregidor sin tener juicio ni mano para corregir una plana de un niño que comienza á escribir, dice que va todo por favor, y que sin éste no aprovechan letras ni partes. Otro que por aventura lo mereceria bien, echa la culpa á su desgracia y contraria fortuna. Otro loa á Dios por ello, y otro lo da á todos los diablos. Y al fin algunos con paciencia y los más sin ella, desamparan el campo y el estandarte de la Presidencia, y toman el camino para donde Dios los ayuda, y algunos (segun ellos dicen) para donde el diablo los lleva, diciendo : «ya que escapamos de esta miserable guerra como soldados de campo vencido, sin blanca, sin armas, sin vestidos y sin consuelo alguno, no nos diera el Presidente siquiera sendas varillas que lleváramos en las manos para pedir limosna por donde pasáramos.» De esta manera lo pasamos en esta córte. Y en fin hablando generalmente de los miserables catariberas, digo que míseros somos, miserias pedimos, miserias nos dan y miserablemente vivimos.

Ya que he dado cuenta en general de nuestro modo de vivir en la córte, quiero descender á algunos casos de mi particular y de otros que han pasado y he visto despues que vine entre los de mi pretension.

Yo vine á esta córte, y por no perder tiempo, en acomodándome de aposento, ordené un memorial para el

Presidente y le fuí á hablar; y quiso mi fortuna que entrando á hora que negociaba, entraron delante de mí uno tras otro dos letrados recien llegados que iban como yo con sus memoriales en las manos. Pareciamos todos tres cofrades de la Merced que íbamos en procesion con nuestros cirios encendidos. Llegó el primero y comenzó á hablar, y llevaba las manos tan embarazadas con su memorial que no pudo ó no se le acordó quitarse la gorra, y como no tenía hecha la lengua á revolver señorías, con una señoría se le fueron dos mercedes como mansos con el toro; y un paje, viéndole hablar tan cabiz-cubierto, llegóse á él y quitóle por detras la gorra de la cabeza, y él volvió, y advirtiéndose de su descuido, se turbó tanto que no pudo hablar más palabra; ántes se quedó allí como si de carne y hueso se hubiera convertido en piedra. El Presidente viendo que no hablaba ni se iba le dijo : «dad acá el memorial, que por él veré lo que quereis.» Él soltó el memorial y volvió las espaldas tan de presto, que temí se volvia como mula maliciosa á arrojar un par de coces al Presidente; empero quiso Dios que no lo hizo, sino salióse sin hacer reverencia ni acatamiento, parece que entendiendo que no le habia de aprovechar aunque le hiciera, salvo si no lo dejó de hacer por tener tan descuidado el pié como la mano.

Llegó luégo el otro letrado (que era más desenvuelto y bien criado), quitada su gorra, y hizo una reverencia tan baja que creo se holgára de hallar un agujero por do meter la rodilla por bajar del suelo de la cámara, y dijo : «yo me llamo el bachiller Pascual Redondo, soy vecino del lugar de Bociguillas donde he servido toda

mi vida á Su Majestad, á tiempos abogando y á tiempos barbechando mis tierras y haciendo mis agostos y vendimias para encerrar pan y vino y paja para el bastecimiento de esta córte. Y áun estuve una vez aceptado por teniente de corregidor de Becerril de los Campos, sino que me revolvieron con el corregidor y no me quiso llevar consigo. Suplico á vuestra señoría me haga tanto placer que me emplee en alguna cosa buena, que yo serviré á vuestra señoría como verá.» El Presidente riéndose dijo: «por cierto que es muy justo que quien tan bien ha servido á Su Majestad sea remunerado conforme á sus servicios. Idos á vuestra casa, que ofreciéndose en qué, se terná memoria de vuestra persona.» Él entónces quiso dar el memorial, y el Presidente dijo que se le llevase, que para acordarse de él no habia menester memorial.— Ni áun memoria (dije yo entre mí), y así él hizo otra reverencia muy baja y se salió contentísimo. Yo llegué luégo y dije al Presidente mi razon. Oyóme y dióme la respuesta ordinaria que haria por mí lo que pudiese; y yo me contentaria con ménos. Tomó mi memorial, y salíme y alcancé al bachiller Redondo; el cual muy contento se volvió á mí y me dijo: «¿qué le parece cómo no me turbé yo como el otro? Todo es burla sino hablar sin empacho. Mire cómo se holgó el Presidente de oirme. Tenga por cierto que me ha de dar el primer corregimiento bueno que provea; porque así se lo pedí yo que me diese cosa buena; que si estos licenciadillos que andan por aquí perdidos mil años supiesen hablar y decir bien las cosas en que han servido, yo fio no tardase tanto el Presidente en proveerlos. Mas si cuando se ven delante de él no saben decir

oxte ni moxte, ¿qué les ha de dar?» Yo le dije: «por cierto, señor licenciado, vuestra merced tiene mucha razon, y sale respondido como hombre regalado y muy de la asa; pues le mandan ir á su casa á esperar la provision para que no gaste su hacienda en esta córte.— ¡Ah! par Dios, señor (dijo el bachiller), cuánto mejor será que me lo envien á mi casa que no aguardarlo aquí; aunque creo que no tardará mucho en salir. Pues no piense que yo era del asa, que yo le prometo que es hoy el primer dia que hablo al Presidente; y pésame de no haber venido ántes, que ya estuviera muy honradamente proveido; sino que cuando los hombres nos hacemos al pan casero y al torrezno de las mañanas no nos sacarán de casa aunque nos prometan cien obradas de barbechos y mil reses vacunas.»

Con todo este consuelo se fué el bachiller Pascual Redondo á su casa á esperar su provision, que llegará cuando el cuervo de Noé venga á se la llevar en el pico. Y con todo eso, fué mejor despachado que yo, que me quedé en esta córte á esperar la mia, que creo no llegará más temprano.

De esta manera anduve un mes aprendiendo el estilo de los señores cata-riberas en los acompañamientos, en las representaciones, en los corrillos y en las otras cosas necesarias para el entendimiento del arte peor que mecánica de los susodichos; que no fué poco en un mes tomar el pulso y conocer la complision á cuerpo de negociacion tan vária.

Y al cabo de este mes, pidiéndome el mozo dineros para la despensa, metí la mano en el talego, y hallé dentro tanta nonada, que pensando que aquella mano

se me habia pasmado y perdido el tacto de ella, metí la otra, y como hallé tan poco que palpar, me vi en términos de perder el sentido por lo que no sentia. Y así viendo que la moneda se habia ido y mi provision no parecia, puse los ojos en el bolson, y víle y sentíle tan sin virtud, tan frio y boqueando como enfermo que se va de cámaras, y por no acabar de quedarme en seco, como el pez cuando cesa la corriente que le sacó de la madre del rio, despaché una provision á mi casa, firmada con mi firma y sellada con mi sello, imponiendo cierto tributo sobre las raciones y alimentos de todas las cabezas de ella, sin exceptar mamante ni piante que no contribuyese para el socorro de la prosecucion desta guerra. Y mi provision fué obedecida y cumplida; y así me entretuve otro mes con este socorro y mi esperanza; en el cual salió proveido el corregimiento de Medina del Campo en un letrado. Y salió este oficio solo, como preso que ha estado mucho tiempo en la cárcel, y la quebranta y se suelta por redimir la vejacion de la larga prision.

Y acaeció sobre esta provision un buen cuento entre dos cata-riberas, un soldado y un letrado; y es, que al soldado, que por aventura tenía puesta su esperanza y corazon en las décimas de Medina, y en las comodidades que le habian de hacer los mercaderes que allí tratan en los precios de lo que comprase, pesóle mucho de ver proveido el oficio en otro; y estando tratando de la provision en la sala en corro de pretendientes, él dijo con mucha cólera: «ahora cosa incomportable es que letradillos lleven á los caballeros tan buenos oficios como el de Medina.» Un bachiller que estaba en el

corro, volviendo por el honor de la profesion dijo al soldado: «¿por qué halla vuestra merced eso más incomportable que ninguno de estos caballeros que están aquí que no son letrados?—Siéntolo más (dijo él muy demudado), porque á un caballero como yo, que he servido á Su Majestad derramando mi sangre, no se habian de anteponer bachillerejos.—Pues no me parece á mí (dijo el bachiller con mucha flema) que vuestra merced ha servido mucho á Su Majestad en derramar su sangre; más le sirviera en derramar la de los enemigos; que quien va á la guerra no á herir, sino á ser herido (digo no á ser huido, sino á huir), no obliga á Su Majestad para que le haga mercedes ni á su Presidente para que le dé corregimiento.»

El soldado, con mucho enojo de las palabras del bachiller, dijo: «quién dice que yo he huido, miente; que yo he derramado mi sangre peleando como muy buen soldado.—Creo yo (dijo el bachiller) que esa pelea y derramamiento le habrá vuestra merced hecho con el dado, porque si fuera como vuestra merced más miente, no tuviera necesidad de venir acá por armas para sacar y chupar á los cristianos la sangre que dice haberle derramado los moros; que allá le hubiera premiado Su Majestad ó sus generales.»

El soldado, que demostró ser tan corto de razones como de razon, quiso cerrar con el bachiller para suplir con las manos la falta de la lengua; mas metímonos en medio los que allí estábamos de manera que no dimos lugar á más rompimiento.

En este tiempo hice otra vez reseña de la gente de mi bolsa, y salieron al alarde tan pocos soldados, que

entendiendo que entre mis súbditos no habia medio para más socorro, me procuré valer de mis amigos y deudos, á los cuales despaché mis cartas de creencia, y de ellos me llegó otro socorro que me resucitó de muerte á vida.

De estotros caballeros de espada y capa que no han servido á la milicia en particular casi no tengo que decir, porque los veo en córte tan humildes y bien comedidos, tan justificados en sus palabras, tan despreciadores de cohechos y tan amigos de oficiales fieles, que son aquí los mejores corregidores del mundo; y si «en el aldegüela no hay más mal que suena», merecen Su Majestad les haga mucha merced. Empero porque en el muy buen paño suele haber la raza, y en la más fina grana cae la polilla, y no todos los llamados han de ser escogidos, ni hay cuerpo sin ijada, diré lo que he visto en ciertos miembros de este cuerpo de caballería.

Y es que un mes despues de la provision de Medina que he dicho, salieron proveidos dos de estos caballeros en dos corregimientos; los cuales no hubieron sacado los recudimientos de sus rentas, cuando pusieron en almoneda y pregon algunos miembros de ellas para los arrendar de por menor, empero por la mayor cuantidad que pudiesen. No faltaron personas que hicieron posturas; rematáronse las tenencias, los alguacilazgos, las alcaidías de cárcel, y algunas de estas rentas tan bien subidas, que van bien seguros los arrendadores de la puja del cuarto. Yo, entendiendo el negocio, dije á uno de estos corregidores que se me daba por amigo: «señor, mirad lo que haceis, que no es permitido vender los oficios; que como sabeis, se han de dar libres para

que vuestros oficiales los hagan bien y libremente.» El corregidor me dijo: «¿qué quereis que haga, que há un año que estoy en esta córte esperando este corregimiento? ¿no os parecerá bien que, pues ya me vino á las uñas, me pague las expensas del detenimiento? Que juro á Dios que no hay real en galera para ir á él ni áun para salir de esta córte, si estos ministros no me ministran. Y áun allá yo os prometo que no tengo de tener las manos cerradas á los que de buena voluntad me lo ofrecieren. — No hagais tal, señor (dije yo), que el principal bien de los jueces es tener las manos limpias.—Limpias y relimpias las traeré yo (dijo él), porque me las lavaré cada dia tres veces, cuando me levantáre de la cama y sobre comida y despues de cena. Y el oro no ensucia las manos.—No, oro no, guardaos del diablo (le volví á decir); áun ya, cuando visiteis la tierra de vuestra jurisdiccion, recibir un cabrito, un par de perdices, ó de conejos por moderado precio, áun no es tanto mal; aunque tambien por esto no faltará quien diga que os corrompen para que dejeis de hacer justicia. —Muy delgado hilais (dijo el corregidor); de eso de comer y beber, cuanto viniere de limosna recebiré yo muy de buena gana; porque *quod intrat per os, non coinquinat hominem* (lo que entra por la boca no corrompe al hombre).

»Y sabeis que los corregidores podemos muy bien recebir todo lo que consiste en peso, número y medida; porque lo que se pesa recebímoslo sin pesar; en lo que se cuenta no hay cuenta; y para lo que se mide nos parece que nos da el Rey la vara.

—Guardaos de una residencia, señor (le respondí):

mirá no os den vómitos en ella, con que alanceis el humor malo y bueno, quiero decir lo bien y lo mal ganado. — Andad (dijo él), que ya tengo experiencia de eso; que mil ducados de cohecho nunca costaron quinientos de pena; que si una vasija está llena de miel, aunque la trastornen y vacien, siempre se queda algo pegado en ella; y así á los corregidores, aunque más nos sigan y persigan y condenen, con un buen cohecho que hayamos recebido pagamos todas las nonadillas que en residencia nos cargan, y áun nos queda pan para nuestro año.»

El otro corregidor no sé qué intencion llevaba, aunque, pues el principio fué semejante al de este mi amigo, piadosamente se puede presumir no serán diferentes los medios de la administracion. Ambos se fueron, y yo quedé tan quédo, que áun hasta ahora no me he mudado de este lugar, aunque han corrido otros dos meses. Al principio tenía alguna esperanza de salud, y ya la voy perdiendo del todo, como enfermo que va de mal á peor; porque en parto tan largo no creo que dejará de nacer hija al cabo.

Dias há que viendo que no nos puede venir socorro de parte alguna, vamos acortando las raciones: la mula rebuzna, el mozo gruñe y yo bocezo; mas ¿qué hemos de hacer? que nos vemos como los que están sitiados por todas partes, y no les puede entrar socorro ni bastimento, sino comer por onzas para podernos entretener algun dia más. Hecha tengo la cuenta; y si el sustento me llega á otro mes, será todo lo del mundo. Determinado estoy que si en todo este mes, con que se cumplirán seis de mi residencia en córte, no me saliere

alguna suerte, volverme á mi casa, porque para tan corta vida como los hombres ya vivimos, basta ser medio año necio. Y sin duda no me deterné más, porque si no fuere proveido, seré pobre ido. Y nuestro Señor, etc., de Toledo y de Abril 15 de 1560.

CARTA

AL LICENCIADO AGUSTIN GUEDEJA, ENTÓNCES RELATOR DEL CONSEJO Y DE LA CÁMARA DE SU MAJESTAD, Y AHORA SU FISCAL EN LA REAL AUDIENCIA DE GALICIA, EN QUE SE DESCRIBE LA VILLA DE TORMALEO, QUE ES EN EL CONCEJO DE IBIAS DE LAS CUATRO SACADAS DE ASTÚRIAS; Y SE TRATA ALGO DE LA GENTE DE ELLA.

(*Escribióla el autor estando en una comision en aquel pueblo.*)

De cerro en cerro, de puerto en puerto y de peña en peña vine á estas cumbrosas Astúrias, donde algunas veces me hallo tan vecino de las nubes, que me regalo con ellas, y pongo mi cabeza en sus regazos. Despues que he visto esta tierra, no me maravillo de haber oido decir que los asturianos tiraban lanzas al cielo; porque le tienen tan cerca de sus casas cuanto léjos de sus corazones.

Yo estoy en la insigne ciudad de Tormaleo, que

quiere decir tormento malo, donde al presente resido; cuyo sitio y disposicion y moradores querria describir, si acertase mi desatino á desatinar como conviene para significar tan desatinada ciudad y gente. Es la populosa ciudad de hasta diez casas todas redondas; está ceñida de bravas peñas, adornada de viejos castaños; riéganla claras y frescas fuentes y arroyos. Está asentada en un repecho contra el Septentrion, y mirada desde cualquiera de los cerros que la rodean, parece colmenar de pocas y mal reparadas colmenas; pero la miel de ellas no la labran abejas, sino ovejas y cabras, y puercos y vacas viejas.

Las casas, como he dicho, son redondas, porque para que quepa la ruindad de los moradores, la figura redonda es la más capaz. Dos puertas tiene cada casa, una al Oriente y otra al Occidente; y ni por la una se ve el sol, ni por la otra se descubre el cielo. Vese á ratos por entrambas la nieve de vara en alto, y un fidalgo de solar conocido con una espada al lado y un broquel al rabo, un puñal pendiente, lanza y azcona al hombro, y una ballesta en la mano con cinco ó seis saetas espetadas entre el collar del sayo y gorjal de la camisa; y con este rosario de cuentas va á rezar á la Iglesia, donde á la puerta deja arrimada la azcona y lanza; y si el clérigo le va á echar agua bendita, se empuña en la espada, pensando que le va á dar con el hisopo; si oye mentar un santo, ase del puñal, diciendo que aquella es gente que él no conoce. Y cuando el presbítero se vuelve al pueblo á decir : *Dominus vobiscum*, sospechando que vuelve á mirarle la mujer, pone una saeta en la boca y echa la gafa á la ballesta,

y saliendo de allí, si ve una bota enconada, le rinde las armas y cruza las manos.

En las dichas casas no hay sala ni cuadra ni retrete; toda la casa es un solo aposento redondo como ojo de compromiso; y en él están los hombres, los puercos y los bueyes todos *pro indiviso*, así porque todos son herederos de la tierra, como porque ni áun en las costumbres se diferencian. A un mismo tiempo habla el hombre y gruñe el puerco y brama el buey; y tengo los oidos tan confusos con la diversidad de zumbidos, que al hombre tengo muchas veces por la bestia, y al animal por el hombre; y cuando en esto estoy más engañado, creo me engaño ménos. El hogar está en medio de esta apacible morada, porque de allí salga luz y calor para todo el circular aposento igualmente, aunque á veces comprende más un traque de la huéspeda que cuanto calor sale del copioso hogar. Las dichas casas circulares son cubiertas de unos cimborios de fina paja, y éstos rodeados desde el extremo hasta el coronamiento de unos rollos de bimbres, hechos por tal órden y manera, que cuando los vi, pensé que eran los verdugados que salieron desterrados de Castilla; y por otra parte bien considerados parecen á los pabellones que suelen tener por defensivos las ollas del mal cocinado de esa córte. Y, en fin, las casas con ellos son como bellotas con capirotes; porque la gente regalada de estas partes es tan amiga de la bellota (que ellos llaman llande), que no se satisfacen con metella en sus buches, sino que ella los tenga metidos en sus entrañas. Todas las casas son insulanas, ninguna se pega con la otra : así son las voluntades de los vecinos.

Estas casas tienen llenas de tantas baratijas, armadijos, trastos, pertrechos, bastimentos, instrumentos y municiones, que no tenía tantas la madre Celestina para fabricar hechizos y reformar virgos. Las castañas tienen en alto sobre unas bimbres tejidas pendientes de unas sogas, en las cuales miran y contemplan como los moros en el zancarron de Mahoma; porque no hay sustento que les dé más gusto, ni que ellos tanto amen, excepto el vino, al cual tienen tanto amor, que siempre lo traen metido en lo íntimo de sus entrañas.

Habitan esta lustrosa ciudad ilustres hidalgos de lanza mohosa, cuchillo cachi-cuerno, abarca peluda, pierna desnuda, capotin de dos faldas, caperuceta antigua sobre largas coletas. Es gente de tanta punta, que comen y beben en platos y escudillas de palo por no comer ni beber en platos de Talavera, ni vidrio de Venecia, que dicen que es sucio y que se hace de barro. Pan de trigo no lo pueden ver, ni carne fresca; la que se muere de landre, modorra ó sanguiñuelo, ésa les es saludable y gustosa. La cama en que me acuesto es un escaño de palo que parece andas de defuncto, tan angosto que he menester estar como cuerpo muerto, sin me rodear para no rodar por casa. Échame mi huéspeda un cabezal debajo, que sospecho que está lleno de pluma de puerco espin; una sábana en que me envuelvo, parece de buena cañamaza tramada con cerdas de rocin prieto; la manta es parda, creo que es de lana de burras y esparto; es nueva corriendo sangre, tanto que me dice la huéspeda que yo la he llevado la virginidad; y yo digo á la buena vieja que miente, porque juro á Dios que es tan áspera y esquiva la dicha señora

manta, que en toda la noche no quiere llegarse á mí. Háceme mucho donaire ver á la aseada de mi huéspeda arremangar sobre el escaño los cabos de la colcha rica, porque no se ensucie con el polvo del suelo; aunque á la verdad no le falta razon, porque en esta region no se hace el polvo de la tierra, sino de panales de buey y freza de lechones.

El mayor pueblo de este horizonte no pasa de diez ú once vecinos, empero aunque no son muchos, son muy mal avenidos; y ellos dicen que no han menester ser muchos, pues no nacieron para henchir las sillas que dejaron vacas los ángeles que cayeron del cielo.

Y pues he dicho de los galanes de esta ciudad, no será justo dejar de pintar las damas de ella. Y no trato de pintar viudas ni casadas; porque á éstas tratáronlas y trátanlas sus maridos, y buena pro les haga la ganancia del sucio trato. Ni llego á las muchachas de diez años abajo, porque éstas allá se andan por los montes tras sus cabrillas, donde no sé quién se les llega, que alguna vez, supliendo la malicia á la edad, vuelven con chibatillos en los vientres. Tocará pues mi pincel á las damas que no traen toca, ni cofia, ni garbin, ni áun albanega; ántes andan con su cabello suelto hasta los hombros, que parecen figuras de tapiz antiguo y ahumado; las cuales son las doncellas de doce y diez y seis arriba, con cuya vista entendí las leyes del Fuero y Partidas que tratan de las doncellas en cabello. Son, pues, estas damas mal sacadas de cuerpo, levantadas de hombros, cortas de cuello, grandes de cabeza, angostas de frente, ceñudas de cejas, hendidas de ojos, anchas de narices, largas de boca, copiosísimas de tetas, abundantísimas de nalgas,

levantadas de barriga, espaciosas de cintura, gruesas de pelo, toscas de manos y abiertas de pata. El color de las caras es muy gracioso y de buen lustre, entre verde y morenico, y un poquito de amarillo que se mete á perfilar; la tez muy linda y asentada como de rocin sarnoso. Usan un cierto género de basquiñas, no de mezclas de Inglaterra, no de granas de polvo ni de cofolla, no rasos de Valencia ni terciopelos de Génova, sino de una cierta tela delgada, bien pareciente y muy semejante á ésta de que hacen las albardas. Hacen las basquiñas angostas, porque se señale la copia nalgar, y no pasan de media pierna, porque descubran las pantorrillazas, que son como timones de ruedas de haceñas. Calzan unos botinicos abrochados, altos de cuello, no de cordoban muy suelto, sino de vaca mal curtida, que tambien sirven de zuecos; porque el más mal cimentado de ellos está fundado sobre una docena de suelas; y cuando es menester para dar una coz, suplen por herraduras, porque son herrados por bajo, de tal manera que cuando alguna de las damas anda más menudico, parece frison recien herrado que corre por calle empedrada.

He deseado mucho ver danzar á estas damas con estos botinicos una pavanilla italiana, ó una gallarda ó saltarelo, ó una alemana, ó un pié de jibao; mas como en esta tierra no hay tañedor sino de corneta, no me han podido cumplir este deseo. Son muy medidas y cautas en el hablar; por maravilla hablan con los hombres, aunque algunas veces obran con ellos; hablan más con las bestias; á los puercos dicen *cache*, *cache : mal fogo vos abrase;* á las cabras y ovejas *chava xeu*, *riegeu*, *riegeu;*

y á los bueyes *hei*, *hei*, *aho*, *aho*, *xato*, *aberroi*. Es gloria ver las perlas que despiden por aquellas bocas cuando no regüeldan.

En el comer son muy templadas; no comen caldo ni sopas sino dos veces al dia, en levantándose de la cama y cuando se van á acostar por no hacer barriga; y cada vez poquillo y bueno: una escudillica de palo que allá serviria de artesuela para jabonar, llena de caldo y de agua, y nabos, y hojas de nabos, y poco de manteca, espetadas en ella un ciento de sopas de pan de centeno, cada una tan grande como losa de sepultura; y con una serenidad lo embusan, que no parece que abren las bocas; y á vuelta de cabeza veréis el dornillo más barrido por de dentro que fregado por defuera; y estando comiendo se les ve visiblemente ir hinchando las panzas y renes poco á poco, como cuando el botero hincha el odre con el soplo. Yo las digo que cómo pueden comer tanta sopa y nabo, que es ventoso? y respóndenme que por eso dió Dios respiraderos á la cuba, porque no rebiente. Y en comenzando á hervir las ollas del mal cocinado de sus estómagos, pasa su respirar de tal manera, que si tuviera cualquiera de ellas mil troneras, por todas tronára, y para ninguna faltáran municiones ni balas que soltar.

Estas doncellas en cabello hacen las haciendas de casa con gran liberalidad y limpieza; ponen la olla sin fregar, espúmanla con una teja; muelen la sal en el servidor cuando no hallan limpio el mortero; limpian los platos con la falda de la camisa; ciernen la harina con harneros; masan el pan con las nalgas; cuécenlo con leña de boñigas, y barren la casa á soplos.

Usan en esta tierra las damas de nombres muy galanos y bien sonantes; porque se llaman Marucas, Juanucas, Treijas, Freicas, Aldaras, Blasquidas, Golzalvas y Alvarucas, y de otros nombres al oido tan suaves como éstos. Cantan cantares muy amorosos y suaves, como son:

Deita palla al boy Gonzalvo,
Deita palla á ó boy.
Treija Ferrandez fiandera honrada,
Puja cada fio, va pucherada.

Los tonos, sonadas y voces, si vuestra merced las oyese diria que Rincon se puede arrinconar y Talamántes [1] dejar de presumir, y áun que si Ulíses pasára por el mar de estas sirenas [2], le prestáran poco sus ardides, porque no hay bordon de gaita que les llegue, ni cuerno que les iguale, ni áun sapo en charco que así haga de garganta.

Y por cerrar con las abiertas en cabello, digo que son hermosas como el Huerco, dispuestas como el puerco, sacadas como el erizo, derechas como la cepa, ceñidas como la cuba, airosas como el asno, graciosas como el buey, avisadas como la mosca, limpias como la araña, olorosas como el regüeldo, fieles como el gato, desenvueltas como el galápago, delicadas como el roble, blandas como la carrasca, apacibles como el cierzo, y agradables á los ojos como el humo de la cebolla.

El que enferma en esta tierra no tiene otro médico sino el oso que le tome el pulso, ni otro barbero sino

[1] Rincon y Talamántes, dos cantores excelentes en la voz.
[2] El original decia *seronas*.

la víbora que lo sangre; el boticario es el puerco que le da medicinas de su botica, y el buey le echa las ayudas con el cuerno. Dios me dé salud.

Ya considerará vuestra merced la vida que tendré en esta Trapisonda; y no tengo pena de mí, sino gran dolor y lástima de mi criado el corcovado, regibado, malhadado, que pensó que venía á las Astúrias á hartarse de truchas á bragas enjutas, y se ve las bragas mojadas y nevadas, y áun despedazadas, y la primera tiene por mirar con los dientes ni áun morder con los ojos. Yo le aconsejo que saque los pensamientos de truchas, perdices y cabritos que traia en el papo, y se cebe de ellos, y todavía tiene por mejor hartarse de ruines bastimentos que de buenos pensamientos; y así da en la hogaza de centeno y en la cabraza vieja con harto ménos escrúpulo que el amo de Lazarillo de Tórmes. Porque aquel todavía preguntaba si habian masado manos limpias los mendrugos de pan que comia; empero á mi buen sirviente no le pesa sino de lo que no ve pegado al centeno que come y tasajos que engulle; tanto que cada vez que le veo comer reniego del gusto que tan presto se le hizo á los manjares de esta tierra. Y sobre todos nuestros trabajos tratan las partes de concertársenos, cosa que en oyéndola el alguacil desmaya, y el escribano se muere, y yo no sé si he espirado. Temo que si el concierto se efectúa, cada cual de nos se ha de echar por un cerro abajo á probar cuál rueda mejor. El alguacil jura que ha de hacer de la vara un dardo para atravesar al inventor del concierto; el escribano protesta de hacer una hoguera del proceso para quemar á la parte querellante con las informaciones de sus

heridas; y yo voto de trocar dos maletas de libros que traje por dos tercios de cecinas que lleve. Y para atajar tantos inconvenientes hágalo Dios como los tres deseamos, que ántes se cuajará el mar de Oriente que las paces de Tormaleo. Y nuestro Señor, etc.

GLOSARIO.

ADVERTENCIA.

Hemos dicho en la Introduccion que Eugenio de Salazar, ademas del tomo de sus obras legado á sus hijos, y que se conserva original en la Real Academia de la Historia, habia escrito un poema alegórico en tercetos, intitulado : *Navegacion del Alma por el discurso de todas las edades del Hombre.* Consta éste de diez y seis cantos, y le preceden, segun la usanza de aquel tiempo, várias poesías laudatorias, como son : una sextina y un soneto del padre Ioan de Cigorondo, rector del seminario de la Compañía de Jesus de Méjico; otro soneto del licenciado Mestança de Rivera, canónigo de Méjico; unos versos latinos y un soneto castellano de don Pedro de Liévana, dean de Guatemala. Siguen despues unos versos latinos del autor y dos dedicatorias, una en prosa y otra en verso, á Felipe III.

Del contexto de las poesías laudatorias ya mencionadas, así como de ciertas expresiones de la dedicatoria en prosa, pudiera deducirse que Eugenio de Salazar compuso esta su obra en Méjico, ántes del año 1599; pues áun cuando está encabezada simplemente con la palabra «Señor», y en ella da á Felipe III el título de «Majestad», hay un párrafo concebido en estos términos : «Por lo cual me pareció materia á propósito para que vuestra Majestad discurra por los riesgos de *la verde y florida adolescencia en que al presente se halla*, y por los de las demas edades que Dios alargue en vuestra Majestad por muchos y prósperos años, como su católica Iglesia y todo el mundo lo ha menester.» Cuando Felipe III subió al trono, en Setiembre de 1598, no contaba más que

veinte años de edad, y por lo tanto era aún *adolescente;* ademas la dedicatoria en verso que sigue despues está expresamente encabezada con estas palabras : «Á la Majestad del Rey don Felipe Tercero, nuestro señor, rey de las Españas, de Hierusalen y de las Indias orientales y occidentales, etc.»; y así no cabe duda de que la obra se concluyó en Méjico, reinando ya Felipe III. Por qué razon no la incluyó su autor en el tomo legado á sus hijos, es punto que no nos es dado resolver, por falta de datos.

Sigue á la dicha dedicatoria en verso la «metaphora, alegoría y moralidad de toda la obra», en que se declaran las partes de que está compuesto el *Navío* (el cuerpo del hombre), y las del *Navegante* (que es el alma). Al márgen del texto, y de la propia mano del autor, se declaran los vocablos, términos y frases marítimas, y para mayor comodidad de los lectores se pone al fin una tabla alfabética de todos ellos, con el número del canto y terceto en que se hallan usados. Termina la obra con una cancion y un soneto *á las cuatro postrimerías.*

Excusamos añadir que esta última circunstancia, sin la cual el poema de Salazar hubiera sido casi ininteligible para los lectores no versados en la náutica, nos ha sido de grande utilidad para explicar los muchos vocablos marítimos de la carta dirigida al licenciado Miranda de Ron, que no se hallan en nuestros diccionarios.

GLOSARIO.

Abrusar, abrasar, quemar, del latin bajo *aburere*.

> El fuego que dentro del alma *mabrusa*
> Su pena es tan grande que no sé decilla,
> Querria vivir por sólo sufrilla;
> Mas este querer la muerte macusa.
>
> (*Question de Amor*, 1539, fól. 18.)

Adarga de cuento; llamábase así la que en medio del redondel tenía un cuento como el de las lanzas. 31.

Afechate, lo mismo que Flechate ó Aflechate, en frances *Enflechure*. Segun César Oudin en su *Diccionario frances-español*, los aflechates son las cuerdas de que se hacen las escalas de los navíos. El mismo Eugenio de Salazar en su *Glosario*, al explicar la voz *ovencaduras*, dice así: «Son las escaleras de cuerda que están á los lados del navío, por donde suben á las gabias, que los machos gruesos se llaman ovenques, y los delgados que atraviesan y hacen las escaleras se llaman *afechates*.» 41.

Agolar, en marina coger la vela y amarrarla á la entena. 40.

Alarde, parada, revista; es voz arábiga de *al-aradh*, que significa lo mismo.

Albanega, la cofia ó red para recoger el pelo de la cabeza. 85. El padre Haedo en su *Topographía de Argel*, fólio 27 vuelto, dice: «Suelen todas (ansí moras, como turcas y renegadas) traer una como escofia en que cogen los cabellos, á que llaman en morisco *lartia* ó el *beniga*, la cual es de tela, y labrada en la delantera de algun color.»

Almadiar; almadia es voz arábiga, de *maadia*, con el artículo *al*, que vale tanto como balsa ú armazon de maderos para atravesar un rio. En Aragon llaman aún *almadia* al conjunto de troncos de árboles ó maderos trabados y sujetos entre sí para

conducirlos por los rios. De dicho sustantivo se formó el verbo *almadiar*, que es lo mismo que pasar un rio en balsa ó almadia. 38, 47.

Almatin, V. *Matin*.

Almojabana, cierta torta hecha de harina, huevos y queso, de que usaban mucho los moriscos. Es voz arábiga formada de *jaban*, que en dicha lengua significa queso. 21.

Amantillos, dim. de amantes, que son los cabos que sirven para arrizar las gavias. 41.

Aloja, cierta bebida de que usaban mucho los moriscos, compuesta de agua, miel y especias. 47.

Amurada, s. f., los costados de un navío por la parte interior. 37.

Amurar, en mar. tirar de los puños de la vela en direccion á la proa. 40.

Arfar, dícese del navío cuando cabecea levantando y hundiendo la proa. 47, 56.

Arnes de seguir, armadura completa, ó de todas piezas, como la que usaban los hombres de armas.

Arrumar, en mar. estivar, disponer convenientemente la carga de un buque de manera que no se incline más á una parte que á otra. 39.

Astroso, adj., el que cree en la influencia de los astros. 63.

Atahárre, el correon ó cincha que pasando por debajo del maslo de la cola de una acémila impide que se corra hácia delante el baste ó aparejo. Debe decirse atafarre, y viene del árabe *ats-tsafar*, que en dicha lengua vale lo mismo. 16.

Atesar, poner una cosa tiesa ó tendida, y en mar. poner tirantes los cabos ó velas del navío. 41.

Atoar, en mar. remolcar una nave por medio de un cabo echado por la proa y sujeto á una ancla, del cual tiran los marineros. En portugues antiguo *toa* vale tanto como remolque. Ambas voces parecen derivadas del inglés *tow*, que en frances se dice *touer*. 56.

Avante, adv., lo mismo que adelante, del frances *avant*. 47.

Avieso, sust., contrariedad, desacierto, desgracia, infortunio. 54, 69. Hállase algunas veces usado como adverbio *á vieso*, como si dijéramos al vies, al envés.

Que otra conclusion queda
Que desta va muy á vieso.

(*Las* 400 *del Almirante*, preg. 79.)

Azafrana, barbas á la. 3.

Azcona, lanza corta á manera de dardo. 82.

Badassas ó Badazas, en mar. las cuerdas que unen las bonetas con las velas. 40.

Badulaquera, la que hace ó confecciona badulaque, que, segun la definicion de Terreros, es un guisado de carne hecha pequeños trozos con un caldo muy espeso. 16.

Baja, s. f., en mar. lo mismo que bajo ó bajío. 47.

Balisarda, espada de Renaldos de Montalban. 27.

Balon, fardo grande. 8.

Ballestilla, instrumento náutico muy antiguo y tosco para tomar la altura, ó como se decia en el siglo XVI, la estrella del polo. 54. Díjose tambien *vallestilla*.

Bambalo, la jerga ó dialecto de los sacerdotes de Brahma en la India. 42.

Baos, en mar. son los maderos que atraviesan la nave de un lado á otro por la parte interior. 41.

Bertello, V. *Vertellos*.

Bestion, bastion, baluarte avanzado sobre los ángulos salientes de una plaza. 20, 23, 66.

Bigota, en mar. cada una de las bolas de que está compuesto el racamento. Hállase tambien escrito *vigota*. 39.

Bigote, voz náut. al parecer distinta de la anterior, y que parece derivada del genoves *vigotta*, que algunos escritores explican por *capo di mottone*, que en castellano es *moton*. 39.

Bijago, pez del mar Océano, en extremo voraz. 40.

Bimbrar, cimbrar, doblarse como el bimbre, del latin *vimen*, que es lo que corruptamente llamamos hoy dia mimbre. 31.

Bimbre, mimbre, del latin *vimen*. 84.

Bolitia, quizá sea boliche, que en mar. vale tanto como las bolinas del velacho y juanetes. 41.

Boneta, en mar. la vela supletoria que en tiempos de bonanza se añade por la parte inferior á la vela mayor y al trinquete. 37, 40.

Borgoñona, la mesa en que se servia junta la comida, cubriéndose tres ó cuatro veces. 5.

Borrenas, lo mismo que borrenes. Borren llamaban los guarnicioneros á cierta tablilla colocada en el arzon de la silla y en la parte anterior del fuste. 32, 37.

Borriquete de proa, segun Terreros el mastelero de proa. El *Diccionario marítimo* (Madrid, 1831) le describe así: «Vela que se pone sobre el trinquete con tiempos duros para que sirva en caso de rizarse éste.» Otros le llaman el velacho, y Jal le deriva de *Boreas*, viento del norte, y *Triquete* (en Italia *trinchetto*), que es la vela de mesana. 37.

Botaló, en mar. lo mismo que botalon. 40.

Botar, en mar. tirar con fuerza. 41.

Braza, medida de dos varas ó seis piés, que es ó se supone ser la medida de los brazos extendidos. En mar. son ciertos cabos que pasando por los motones de los brazalotes van á dar en una argolla colocada en el costado del navío hácia popa. 41.

Bramenes, lo mismo que brahmanes, esto es, sectarios y sacerdotes de Brahma, cuyo culto es muy antiguo en la India. 42.

Bretes, segun Covarrubias es lo mismo que cepo ó prision de hierro, potro. 31.

Brioles, en mar. los cabos que sirven para aferrar y coger las velas. Es palabra tomada del normando *breuil*; los portugueses los llaman *brioes*. 41.

Burdas, en mar. ciertos cabos gruesos que partiendo de la cabeza de los masteleros se fijan por medio de cadenas y argollas en los costados del navío, y sirven para sustentar los árboles y masteleros. Segun Terreros, *burda* es sinónimo de *brandal*, pero Jal, en su *Glossaire nautique* (París, 1848), opina que son voces de significacion distinta, citando en apoyo de su opinion un texto del siglo XVII que dice así: «En el mastelero mayor cinco obenques, un aparejuelo, una *burda* y un *brandal* por banda, y en el mastelero de proa cuatro obenques, un aparejuelo, una *burda* y un *brandal* por banda.» 41.

Caballero, estar á... lo mismo que dominar. Tirar á caballero, era tirar de alto á bajo, ó sea hacer fuego fijante, por oposicion al rasante. Caballero, pues, era la batería ó reparo así dispuesto. 23.

Cabizcubierto, adj., el que tiene la cabeza tapada ó cubierta. 71.

Cadira, silla. 40.

Cajarse, mecerse ó moverse de una parte á otra. Es término de mar, y se aplica á los marineros cuando se pasan de un cabo á otro. 41.

Cajetas (caxetas), en mar. las trenzas hechas de 7 á 9 filásticas. 41.

Calcés. Segun Terreros, el calce ó cofas en la Marina son ciertas tablas clavadas en lo alto de los palos, y que sirven para guardar las garruchas destinadas al movimiento de las antenas; pero debe escribirse y pronunciarse calzés (en frances *carcése*), y significa la parte superior del árbol mayor. Es voz griega derivada de καρχήσιον. 41.

Callao, la mezcla de chinarro y cal que sirve para rellenar los intersticios ó huecos de la mampostería. 2.

Carlinga, la hembra ó hueco cuadrado que hay en la sobrequilla, donde se asientan y hacen firmes los árboles de un navío. 41.

Cazar, en mar. lo mismo que halar, que es tirar por las escotas ó escotines. 41.

Cazonete, en mar. ciertas estaquillas formando punta por uno y otro lado, que sirven para las vinateras y jaretas de las jarcias. Sejournant en su *Dictionnaire maritime* dice equivocadamente que los *cazonetes* son garruchas redondas. En fr. ant. *quinconneau*, en it. *cuccinetto*. 41.

Cebadera, en náut. la vela del bauprés que toma el viento á flor de agua. Llamóse sin duda así por ser su figura la del saco (de cebada) que los arrieros acostumbran á colocar bajo el morro de sus caballerías, de donde se dijo «cebadera», á no ser que venga de cebo (*cibus*) que es alimento, comida. Los franceses llaman á dicha vela *civadière*.

Cedebón, parece lo mismo que reverencia, acatamiento ó cortesía. Segun Terreros, que deriva esta palabra de *cessio bonorum*, dicha voz significaba antiguamente «cesion de bienes ó derechos hecha á alguna persona.» 46.

Chafaldeta, en mar. llaman *chafaldetes* á dos cabos que sirven para izar contra las vergas los puños de la gavia y velacho. Tambien los tienen la cebadera y los juanetes, sirviendo para aferrar y coger dichas velas. 41.

Chanchamele, baile de los negros de Guinea. 24.

Chiflo, en mar. el pito de són agudo y chillon usado por los contramaestres. 53.

Codaste. Segun Thomé Cano en su *Arte para fabricar naves* (Sev., 1611, p. 53), era «el remate de que se forma la popa donde se ha de afirmar el timon.» Eugenio de Salazar en su *Glosario* le describe de esta manera: «Codaste es el palo que se continúa desde la quilla hasta la popa, donde está fijo el timon, y de este codaste se fijan de un cabo y otro las tablas de la popa.» Parece derivado de *coda* (cauda), que es cola y *asta*, mastel ó palo. 39.

Cofolla, especie de grana distinta de la llamada «grana de polvo»; coculla, coscoja, del latin *coccus*. 86.

Combés, en mar. el entrepuente ó segundo puente de un navío. 42.

Condesina, barbas á la. 3.

Condestable, en mil. el oficial subalterno que cuida de la artillería y de la pólvora. 32, 37. Hállase tambien escrito *condestablo*.

Contramesana, el árbol de la nave más inmediato á la popa. 41.

Coselete, cierta coraza pequeña y ligera que usaba la infantería, fr. *corselet*. 29.

Cotral, el buey viejo. 68.
Cubelo, parece diminutivo de cubo, que en fort. mil. es el cuerpo sólido y redondo puesto en las esquinas de las murallas ó cortinas. 23.
Cuidoso, adj., lo mismo que cuidadoso y cuitoso, como antiguamente se decia. 66.
Cuja, aquella parte de la armadura que cubria el muslo (cuisse, cuxa). «Poner lanza en cuja» es afirmarla apoyándola sobre el muslo. 25.
Cunas, en mar. los camarotes de una embarcacion pequeña. 48.

Dala, en mar. el canal de tablas por donde sale á la mar el agua que saca la bomba. Díjose tambien *adala* y parece venir de la voz teutónica *thal*.
Desarrumar, lo contrario de *Arrumar*, ó sea deshacer la estiva de un buque, colocando la carga de distinta manera. 41.
Descaliño, voz cuyo orígen nos es desconocido, y parece significar deseo intempestivo de alguna cosa. 45.
Desenbararse (*desembararse*), ponerse una cosa floja, perder su tiesura ó rigidez. Embaramiento, en medicina, vale tanto como entorpecimiento en los brazos, pescuezo ó piernas, causado por la gota. 67.
Desencapillar, en mar. quitar á la mesana la capilla ó vela sobrepuesta. 40.
Desfornecer, despojar, privar. 44.
Deshetrar, llaman los cardadores al desenredar la lana con el peine. 62.
Desmanejarse, salirse de la mano ó gobierno del jinete; dícese del caballo cuando no obedece á la mano ó freno. 24.
Despreciarse, tener á ménos, ó mirar una cosa con desprecio. 7.
Devanear, andar en devaneos. 1.
Dornillo, el dornajo, hortera ó artesa pequeña y redonda en que se da de comer á los lechones. 87.
Durindana, espada de Roldan. 27.
Duquesa, barbas á la. 3.

Embornales, en mar. los caños por donde desagua la cubierta de un buque. Díjose tambien *amburnal* y *ambrunal*. 41.
Embusar, embutir, tragar. 87.
Empalomar, en mar. guarnecer ó coser la relinga y gratil con la vela. 40.
Encambronado, adj., lo mismo que tieso ó levantado. — Encambronarse se dice del caballo cuando levantándose de los piés delanteros se pone sobre los de atras. En fr. *se cambrer*. 29.
Encampanado, adj., lo que tiene forma de campana. Díjose de las velas de un navío cuando están hinchadas. 47.
Encorajarse, tomar coraje, armarse de valor ó esfuerzo. 24.
Engolada, adj., aplícase á la celada que tiene gola. 31.
Engrifada, adj. fem., se aplica á la mujer que lleva muy rizado el cabello, pues á los rizos y bucles llamaban antiguamente *grifos*. 56.
Enmarar, inclinar alguna cosa del lado del mar, como cuando se carga la vela del bauprés llamada cebadera hasta hacerla casi tocar con el agua. 40.
Enmararse, en mar. hacerse la nao mar adentro apartándose de la tierra. 47.

Entena, especie de percha muy larga, á la cual está asegurada la vela latina en las embarcaciones de esta clase. Distínguese de la verga, que es la que sirve en las velas cuadradas, en ser mucho más larga y formar una curva. 40.

Escaldrame; el orígen y significacion de esta palabra nos son enteramente desconocidos. Tratándose de mar. puede ser *escaldrante*, que es el palo á que se atan las escotas. 41.

Escarpe, el calzado grueso y fuerte del hombre de armas. 29.

Escobenes, en mar. los agujeros por donde pasan los cables del ancla cuando se da fondo. 39.

Escombrar, desocupar ó limpiar un canal de agua corriente, y principalmente las dalas de una embarcacion. 41.

Escotin, en mar. el cabo de una vela menor, como juanete de gavia, velacho, etc. El de la vela mayor es llamado escota, de donde se formó el dim. *escotin*, como quien dice escota de las velas menores.

Esmeril, cierta pieza de artillería pequeña; en it. *smeriglio*, fr. *emerillon*. 20.

Estanco, adj., aplícase al buque que no hace agua. 36.

Estantes, en náut. los palos que están sobre las mesas de guarnicion, y sirven para atar en ellos los aparejos del buque. 39.

Estay, en mar. el cabo grueso que desde la gavia mayor va al trinquete, ó el que desde allí pasa al bauprés para asegurarlos y afirmarlos. 41.

Estival, s. m., vale tanto como bota, y viene del italiano *estiua*. 22.

Estival, adj., vapor seco del estío, *æstivus*. 22.

Estradiota, ciertos cuerpos de milicia de á caballo, procedentes de la Morea y de Albania, al servicio de Venecia. Montaban con los estribos largos, las piernas tendidas, sillas con borrenes donde encajaban los muslos, y los frenos de los caballos con las camas muy largas. Dicha manera de montar, que como se ve era completamente distinta de la conocida con el nombre de jineta, fué muy antigua en España y Portugal, donde era conocida con el nombre de *brida*. Así lo prueba Antonio Galvam de Andrade en su libro intitulado: *Arte da caballaria de Gineta e Estardiota, bom primor de ferrar et alueiteria*. Lisboa, Ioam da Costa, 1678, fól. El segundo tratado, que ocupa desde el fólio 453 al 528, trata exclusivamente de la silla llamada *estardiota*.

Estrella; tomar la estrella es locucion marítima antiguamente usada por tomar altura ó averiguar la lasitud, puesto que por la estrella polar ó del norte se gobiernan los navegantes. 54.

Estringa, agujeta, liga, del lat. *stringere*: en ing. *string* es cuerda. 21.

Falconete, pieza de artillería que ya no está en uso; en fr. *faucon* y *fauconnet*. 20.

Faza, está por faga, subjuntivo de facer ó hacer. 37.

Filonio, cierta opiata, de la cual habia dos clases: pérsica y romana. Ruiz de Fontecha, en su *Diccionario médico*, fólio 103 vuelto, escribe *Phylonium*, y dice que es un medicamento muy frio. Créese tomó el nombre del médico Filon. 18.

Fodro, la vaina de la espada, que en lat. baj. se dijo *feutrum* y *fodra*; en aleman moderno *fulter*, en fr. *fourreau*. 18.

Freza ó freça, estiércol de animal cuadrúpedo, y principalmente del puerco. 85.

Froga; esta palabra, que parece derivada de fragua, significaba antiguamente toda clase de obras de albañilería. En las *Ordenanzas de Sevilla*, fól. 145 vuelto, título «de la particion de las frogas», hay un pasaje que dice así: «Quando algunos porfiaren sobre alguna particion, quier sea de casa, ó tienda, ó soberado, ó de alhondiga, ó de baño, ó de alguna cosa que sea *frogada*, déuelo el alarife judgar por mandado del alcalde.» 2. Tambien significaba la mezcla de cal y arena con que se une la mampostería. Alonso de Proaza, en los versos que puso al fin de la Celestina, dice así:

Ella assentaua en los muros troyanos
Las piedras é *froga* sin fuerza de manos.

Fustaga, en mar. la cuerda que pasa por la polea ó garrucha colocada en la punta de los masteleros. 40. Díjose tambien *ustaga*, en fr. ant. *utâge*.

Galerno, segun Terreros, es el viento de nordeste en el Océano, y el greco ó grecal en el Mediterráneo. 53. Los portugueses le llaman *gallerno*. En el *Roteiro* de don Joan de Castro, en 1541, se halla el siguiente pasaje: «Ha quatro de Janeiro todo o dia ventou o vento de Nornoroeste gallerno.» — «*Galerno viento* es ni mucho ni poco viento.» Eug. de Salazar, *Glosario marítimo*.

Gallarda, s. f., género de danza que Terreros dice ser española, pero cuyo nombre parece extranjero, puesto que los franceses la llaman *gaillarde* y los italianos *gagliarda*. 86. Juan de Esquivel Navarro, que en 1642 imprimió en Sevilla sus *Discursos sobre el Arte del danzado*, dice al fólio 21: «la *Gallarda* se comienza con reuerencia, que la ejecuta el pié izquierdo; sálese á los once pasos con izquierdo, estos son acidentales rompiendo con derecho, porque los paseos de gallarda se obran con él, y se deshacen con izquierdo.»

Galleta, jarro con pico para beber ó echar vino. 44.

Garbin ó garvin, especie de cofia ó redecilla para la cabeza. 85. «Pues no veys que dize que avia doze años que jamas se pusieron *garbin* ni albanega, sino una princeta labrada de seda verde á usanza de Jaen.» *Retrato de la Loçana andaluza*, por Delicado, fól. 6.

Gañavete, lo mismo que gañivete ó cuchillo. Es voz provenzal. 44.

Gato-paús, que otros llaman paúl. Especie de mono chico. 41.

Gilmero, epíteto aplicado á los moros, y cuyo orígen y significacion nos son desconocidos. Escribíase *xilmero*. 19.

Gorjal, la pieza de la armadura que protegia la gorja ó cuello.—La gola ó gorguerin, ó sea la vuelta del vestido ó camisa que rodea al cuello. 23.

Gocetes, piezas de formas várias en las antiguas armaduras destinadas á cubrir las articulaciones sin embarazar su juego. Llamábanse tambien *goznes*. 29.

Grajao, en mar. el palo redondo y agujereado, por medio del cual el pinzote se comunica con la caña del timon. 39. Díjose tambien *grajado*.

Gratil, en mar. el cabo de jarcia con que se hacen firmes las velas para impedir que el demasiado viento las rompa y rasgue. 41. *Dic. de Cano*.

Grevas, las calzas de acero con que los hombres de armas cubrian y defendian la parte anterior de las piernas. 29.

Guimbalete, palanca con que se hace jugar el émbolo de la bomba. 41.

Guindar, en mar. izar, levantar, como en fr. *guinder*, ital. *ghindare*. Algunos, como Terreros, le derivan del vasc. *guindatu*, otros del alem. *winden*.

Guindastes, en mar. los cuadernales formados de palos gruesos, en los cuales se ponen las roldanas. Fíjanse en las cubiertas y latas, y sirven para armar las vergas. Parece voz derivada de *guindar*, que es lo mismo que alzar una cosa por medio de garruchas ó poleas. 40.

Guinéo, baile de los negros de Guinea. 24.

Guiñar, en náut. es inclinar la proa del buque hácia una ú otra parte del rumbo que lleva, lo cual se hace con un ligero movimiento del timon. 39, 40.

Gurumbe, baile de negros. 24.

Guzman, apodo soldadesco del siglo XVI, y que se daba por mofa á los tibios de corazon. Diego Duque de Estrada en sus *Comentarios* (*Mem. Hist. de la Academia*, tomo XII, p. 161) dice : «Sentí mucho haber dudado el duque de Osuna que hubiese yo servido al Rey, creyéndome habia quedado en aquella ocasion en Nápoles, como hacen muchos *guzmanes* fingiendo estar enfermos por quedarse con sus mujeres ó damas, y por ser gallinas.» Clonard (tomo III, pág. 155) dice que *guzman* era el enganchado voluntario, pero la definicion que anteriormente hemos dado nos parece más acertada. 29.

Halar, en mar. tirar de un cabo. 41.

Herreruelo, cierta especie de caballería alemana así llamada por la capa corta, sin capilla y con el cuello alto (en castellano *ferreruelo*) que comunmente usaban. 22.

Huerco, lo mismo que infierno, del lat. *orcus*. 88.

Insulano, a., adj., lo que está aislado. 83.

Isleta (la) de las ollas, nombre que dan los marineros al fogon en que cocinan su rancho. 45.

Jaen, especie de caperuza ó bonete, cuya forma nos es desconocida, y que quizá se llamó así por usarse ó fabricarse en aquel reino. 21.

Jareta, en mar. la red de cuerda ó enrejado de madera, detras de la cual la tripulacion de una galera se resguardaba para pelear; escribíase *xareta*, y es voz arábiga, que el Padre Alcalá en su *Vocabulario arábigo* traduce por *red de cuerda*. 52.

Jibao (xibao), V. *Pié de jibao*.

Jilovento, lo mismo que Xilovento.

Jorro, en mar. es lo mismo que remolque. — Llevar una nave á jorro equivale á remolcarla. «Llegada que fué la real galera á bordar con el referido caez donde fué traida *á jorro*, su Majestad salió de ella», etc. *Entrada de Felipe II en Portugal*, 1583, 4.°, fól. 112. Jorro es voz de orígen arábigo, de *jarra*, que vale tanto como llevar una cosa arrastrando.

Lebrada, el gigote ó guisado hecho de liebre y llamado tambien junglado. 50.

Leme, en mar. el timon de la nave y su caña. 39. Segun Salazar, el palo con que se gobierna el navío, llamado tambien gobernalle.

Lemera, en mar. la lumbrera ú agujero practicado en la popa de la nao, por donde sale un madero llamado caña á encajarse en el timon. Thomé Cano, *Diccionario*, etc., pág. 39.

Levantisco, adj., el que procede de levante, y en náut. el marinero insubordinado. 41.

Liebres, en mar. los trozos de madera larga que están enfilados con los vertellos en el racamento. 41.

Liga-gamba, y por corrup. ligabamba, la liga ó atadura que servia para sujetar las calzas. 20, 21.

Llande, lo mismo que glande ó bellota, del latin *glans*. 83.

Mabonto, manjar de que se alimentan los negros africanos. 45.

Mandilete, la parte de la armadura que cubria las manos: quizás sea equivocacion por *manilete*. 29.

Mantas de guerra, voz genérica con que hasta fines del siglo xv se designaban las várias especies de aparatos defensivos y movibles, debajo de los cuales el sitiador se acercaba impunemente al muro de una ciudad. Díjose tambien *mantell* y *mantelete*. 20.

Marquesota, barbas á la. 3.

Martin-gala, la parte de la armadura que cubria y defendia la entrepierna, y su equivalente en las calzas. 28, 64.

Masteleos, en mar. los palos que se ponen encima de los árboles del navío. Hoy dia se llaman «masteleros», y los hay de várias clases: el mayor, el de proa, el de sobremesana, etc. 55.

Matin. Esta voz nos parece francesa, y equivale á la castellana «alborada.» Dar Santiago *al matin*, significaria, pues, atacar al enemigo con el grito de guerra de Santiago y á la alborada. — En autores militares del siglo xvi la expresion «dar una alborada» se halla frecuentemente usada en este sentido. En frances *matin* y *matinée* significan lo mismo. 20, 24.

Mazamorra, en mar. el bizcocho averiado y podrido que se daba á los galeotes. — En Granada dan este nombre á la sopa espesa de pan de centeno ó maíz. 45.

Mirraustre, la salsa compuesta de almendras dulces, canela y miga de pan, rociado con caldo de la olla, con que se condimentaban los palominos y otras aves. 5.

Mololoa, amalgama confusa de várias cosas. 45.

Momeria, la fiesta en que andaban momos ó graciosos. p. 22.

Motones, en mar. las garruchas de madera de diversas formas y tamaños por donde pasan los cabos. 41.

Murron, parece ser lo mismo que morrion. 29.

Nombre, en mil. lo mismo que ahora llamamos «santo.» 16.

Obenques, en mar. los cabos gruesos que encapillando en la cabeza del palo ó garganta

sobre los baos, bajan despues á las mesas de guarnicion y se fijan en las vigotas de las cadenas. 41. Díjose tambien *Ovenque*.

Oblea, la pasta delicada cocida entre dos hierros, de que se hacian las suplicaciones y barquillos. 47.

Ollao, en mar. el ojal que se hace á las velas cuando hay que añadirles otra. Thomé Cano, *Arte de fabricar naos*. Es voz formada de *olho*, que en castellano antiguo significaba *ojo*. 40.

Palanquin, náut. El cabo cuyo chicote ó punta está fija al tercio de la vela mayor y trinquete, miéntras que el otro chicote ó punta pasa por un moton de la verga, y baja al pié del árbol; sirven para izar y recoger los puños de las velas. Segun Eug. de Salazar, «dar un palanquin» es levantar la vela con el briol, que es cierta cuerda con que se arremanga y coge la vela mayor para que el piloto que va al timon pueda ver la proa. 41.

Pañol, el sitio de una galera donde se guardan las provisiones. 43.

Pajaril, escrito paxaril, term. de mar. Dícese «hacer pajaril» por amarrar el puño de la vela con un cabo, y cargarle hácia abajo para que esté fija y tiesa cuando hay viento largo. 41.

Pantufo, lo mismo que chinela ó pantuflo, fr. *pantoufle*, it. *panttofolla*. 61, 64. «Media encarnada, liga blanca guarnecida de oro, *pantuflo* de terciopelo negro.» *Fiestas á San Ignacio*, 1611, fól. 53.

Papahigo, náut., cierta vela así llamada; la hay mayor, que corresponde á la mayor sin boneta, y menor, que es la de triquete ó trinquete. 40.

Papahigo, especie de careta de paño con que se cubria el rostro en viaje. 27.

Pasamuro, especie de cañon reforzado propio para batir los muros de una plaza. 20.

Pasteca, term. de mar.; segun Terreros, es la polea mayor por donde corre la tricia del árbol en los navíos. 40.

Payrando. Dícese que está la nao al pairo ó pairando, cuando está quéda con las velas tendidas y largas las escotas. Los portugueses llaman *pairo* á un golpe de viento, y *pairar* al ponerse á la capa. 47.

Penejar, balancearse la nave, del lat. *pendere*. 47.

Peniceos, voz marítima cuyo orígen y significacion nos son desconocidos. Quizá sean los cabos ó cuerdas con que la vela llamada mesana se sujetaba á la verga. 40.

Penoles, en mar. las puntas ó extremos de las vergas. 40.

Pia, la jaca ó hacanea blanca con pintas negras. 8.

Pié de Jibao; escribíase tambien xibao y gibao, y era un género de danza muy usado en el siglo XVII. Esquivel Navarro en sus *Discursos sobre el Arte del Danzado*, fól. 17, al tratar del paso llamado substenido ó sostenido, dice así: «Es un movimiento grave que se practica en torneo, hacha, pié de Gibado, alemana, y otras danzas á este tono, de que se fabrican lazos para máscaras y saraos.» Debió llamarse gibado de «giba», por la figura que hacia el cuerpo del que ejecutaba dicha danza. 86.

Piezgo, la punta ó extremidad del pellejo correspondiente al pié del animal. Los boteros dan este nombre á la punta de una bota que se ata para que no se vacie el líquido. 7.

Pimentela, barbas á la. 3.

Pinzote, en mar. la palanca que sirve para hacer girar la caña del timon. 40.

Pospelo, tejer á pospelo, es tejer á hilo contrario ó contra pelo. *Negociar á pospelo*, es tratar un asunto impertinentemente ó al contrario de como debe tratarse. 10.

Puños, en mar. son los cuatro extremos ó ángulos donde forman gazas las relingas de las velas. 9.

Quijote (quixote), la parte de la armadura que defendia los muslos, fr. *cuisse*, *cuissote*. 29.

Rabeada, la sacudida ó movimiento violento y de costado, que suele dar á un buque un descuido del timonel. 40.

Racamento, el compuesto de vertello, liebre y bastardo, que por ellos pasan, y sirven para unir y atracar la verga con el mástil; en fran. *raccage*, del anglo-sajon *raca*. 41.

Raposina, humor de la raposa ó zorra. 4.

Ratil, reptil. 12.

Ratiño, especie de raton pequeño que se cria en Astúrias; en port. *ratinho*, que es el diminutivo de *rato*. 23.

Raza, en el paño la hilaza que se diferencia de los demas hilos de la trama. 76.

Relinga, en mar. el cabo con que se refuerzan las orillas de las velas. 41. «Cuando el navío va con todas las velas, y quieren que no navegue, largan las escotas, y entónces se dice que el navío está payrando, ó á la payra, y á la relinga, y á la trinca, y á la corda, que todo es uno.» Eugenio de Salazar.

Renes, riñones, caderas.

Restringa, en mar. pasaje estrecho de poca agua, cuyo fondo de arena ó piedra avanza dentro de la mar. — Es corrupcion de *restinga* ó *rastinga*, como dicen los portugueses. Eugenio de Salazar dice que las restingas son piedras como abrojos que están encubiertas en la mar. 47.

Roda, en mar. el madero grueso y corvo, que partiendo desde la quilla llega hasta el bauprés y forma el remate de la proa. «Tener viento á fil de roda» es expresion equivalente á tenerlo en popa, porque viene tan derecho que no inclina la proa más á un lado que á otro. 39, 47.

Roldana, en mar. la rodaja ó garrucha por donde corren las cuerdas. 39.

Saboyana, cierto ropon largo de que usaban los bachilleres. 14. Tambien se daba este nombre á la especie de brial usado por las mujeres. «A las recien-casadas les era permitido una saya llana, que sería como agora los briales ó *saboyanas* que usan las mujeres hecha de lino ó cotonía.» Roman, *Repúblicas del Mundo*, 1590, lib. VIII, fólio 343.

Sacre, cierta especie de falcon que servia para la caza llamada de volatería ó de azor. En art. cierta clase de cañon. Es notable que en los primeros tiempos de la invencion de este instrumento destructor, las várias clases de él recibieron nombres de animales dañinos ó aves de rapiña, como áspide, basilisco, serpentin, culebrina, pelicano, sacre, falcon y falconete, gerifalte, rebadoquin, esmeril ó esmerejon, etc. 20.

Salér, en cat. el plato de madera en que se sirve la comida de los forzados. 42.

Saltarelo, lo mismo que saltaren, que era cierto género de danza. *Saltarello*, en italiano, equivale á saltillo ó brinquillo. 86.

Sanguinuelo, cierta enfermedad á que está sujeto el ganado lanar. 84.

Santiago, grito de guerra muy usado al acometer, y que se formulaba de várias maneras, siendo la más comun la de «Santiago y cierra España.» — Dar «un Santiago» al enemigo, equivale á cerrar con él gritando Santiago. 20, 24.

Serpentin, en art. especie de culebrina que ya no se usa. 20.

Sino, lo mismo que signo ó costelacion. 43.

Sonaja, campanilla ó cascabel. 54.

Stela, en mar. el rastro ó señal que deja un buque por la popa cuando navega. *Stella*. 49.

Tablachina, escudo de cierta forma que usaban los húngaros. Ávila y Zúñiga (*Comentarios*, pág. 438) dice: «Traen escudos ó tablachinas hechos de manera que abajo son anchos y así lo son hasta el medio, y del medio arriba por la parte de adelante vienen enangostándose, hasta que acaban en una punta que les sube sobre la cabeza; son encombados como paveses.» 31.

Talon, á talon, adv., vale tanto como detras ó pisando á alguno los talones. 53.

Tamborete, en mar. la caja redonda que se ponia al rededor y en lo alto del mástil para resguardarlo de la lluvia. 41.

Testuz, en anat. el occiput ó la parte posterior de la cabeza. 39.

Tocadorcillo, dim. de tocador, que es lienzo, toca ó adorno de cabeza. 27.

Traque, estallido, ruido. 70.

Tricia, en mar. la cuerda que sirve para izar ó elevar al sitio que debe ocupar la verga, el gallardete, la bandera, etc. 40.

Trinquete, la cama ó catre de cordeles. 9.

Troça, aparejo hecho firme al chicote del cabo, que sirve para sujetar las vergas mayores á sus respectivos palos. 41.

Turrcnada, en albañilería, la mezcla de cal y guijo grueso. 2.

Tútanos, tuétanos. 42.

Verso, cierta especie de culebrina. 20, 52.

Verdago, voz marítima, de orígen y significacion desconocidos. 41.

Vertellos, en mar. ciertas bolas enfiladas para facilitar el movimiento de las vergas. 41. Escribíase tambien *Bertello*.

Vetas, en mar. los cabos con que se guarnecen los aparejos. 41. Eugenio de Salazar en su *Glosario* dice que «xarcias y aparejos y vetas es todo uno, y son las cuerdas del navío y todo lo que en él es de cáñamo.»

Xareta, la red hecha de madera ó cabos, debajo de la cual se pone la gente á pelear para estar con más resguardo y seguridad. — *Jareta de la jarcia* son las vueltas que forma el cabo de los obenques de una banda pasando á los de la otra, para sujetar la jarcia y detener las socolladas de los palos en los balances del buque. V. *Jareta*.

Xato, jato, becerro. 86.

Xilouento, segun Eugenio de Salazar en su *Glosario marítimo*, es lo mismo que sotavento, ó sea la parte izquierda de un navío, mirando de popa á proa. Hállase tambien escrito *jilovento* y *gilovento*. 41.

Zafar. 41.

Zalomar, *çalomar*, cantar de la manera monotona y acompasada que usan los marineros cuando tiran de algun cabo, con el fin de hacer fuerza todos á un tiempo. 41.

Zape, cierta raza de negros bozales. 45.

Zorrero, adj., aplicado á la embarcacion que es pesada para navegar. 47.

Zumba, lo mismo que moscarda ó moscardon. 41.

Zuncho, voz náutica de orígen desconocido. 41.

ÍNDICE.

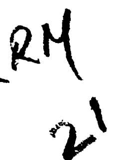
SOCIEDAD

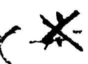
DE

BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES.

D. Juan Eugenio Hartzenbusch.
D. Pascual de Gayangos.
Excmo. Sr. D. Serafin Estébanez Calderon.
D. Cayetano Rosell.
D. Tomás Muñoz y Romero.
Ilmo. Sr. D. Bráulio Anton Ramirez.
D. José Godoy Alcántara.
D. Mariano Carderera.
D. José Almirante.
D. Emilio Lafuente y Alcántara.
D. José Fernandez Gimenez.
D. Mariano Vergara.
D. José María Escudero de la Peña.
D. Francisco Asenjo Barbieri.
D. Dionisio Hidalgo.
D. Santos de Isasa.
D. Antonio de Peñaranda.
D. José García y García.

D. Vicente Vignau.
D. Miguel Colmeiro.
Ilmo. Sr. D. Manuel Colmeiro.
D. Valentin Carderera.
D. Juan Facundo Riaño.
D. Jacinto Sarrasí.
D. José de Castro y Serrano.
D. Ramon Llorente y Lázaro.
D. Toribio del Campillo.
D. Gregorio Cruzada Villaamil.
Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.
D. Cándido Breton Orozco.
D. José María Octavio de Toledo.
D. Indalecio Sancha.
D. Manuel Oliver y Hurtado.
D. Manuel Rivadeneyra.
D. Manuel Rico y Sinobas.
D. Cárlos Castrobeza.
D. Genaro Alenda Mira de Percebal.
D. Anacleto Buelta.
D. Máximo de la Cantolla.
D. Fernando de Castro.
D. Jacobo Zobel.
D. Manuel Lasala.
D. Eugenio Maffei.
D. Feliciano Ramirez Arellano.
D. Francisco Moya.
El Director de la Biblioteca Nacional, por el Establecimiento.
Excmo. Sr. Marqués de Morante.
D. Joaquin de Azpiazu y Cuenca.
D. Vicente Barrántes.
D. Julian Sanchez Ruano.





CARTAS

DE

EUGENIO DE SALAZAR,

VECINO Y NATURAL DE MADRID,

ESCRITAS

Á MUY PARTICULARES AMIGOS SUYOS;

PUBLICADAS

POR LA SOCIEDAD DE BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES.



MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, número 3.

1866



